

www.Biblische-Lehre-wm

23. Dezember 2021

Las glorias del Señor Jesucristo

**Aspectos de la gloria de Cristo en cuatro
capítulos del Nuevo Testamento**

Werner Mücher

1. El Verbo fue hecho carne

Aspectos de la gloria de Cristo en Juan 1

1.1 Introducción

En el primer capítulo del evangelio de Juan hallamos muchas glorias del Señor Jesús. Cada gloria individual muestra un aspecto determinado de su maravillosa Persona, y por eso es provechoso meditar sobre todas estas distintas facetas. El Señor Jesús tiene muchos nombres en la Palabra de Dios, y cada nombre refleja un aspecto determinado de su gloria. ¿Sabías que, tan solo en el libro de Apocalipsis, Cristo tiene no menos de 37 nombres o títulos?

Juan escribió sus libros - el evangelio, las tres cartas y el Apocalipsis - como los últimos libros de la Biblia, probablemente hacia los años 90-95 D.C. En aquel tiempo circulaba toda una serie de falsas enseñanzas sobre la Persona del Señor Jesús. Había corrientes filosóficas que mezclaban la enseñanza cristiana con elementos de las filosofías judía y griega; una de esas corrientes se llamaba la *gnóstica*. Una característica especial de esta corriente era que propagaba enseñanzas falsas sobre la Persona del Señor Jesús: atacaba tanto su perfecta humanidad como su divinidad. La respuesta de

Dios fue usar al anciano apóstol Juan para escribir el evangelio que lleva su nombre. Este evangelio describe al Señor Jesús como el eterno Hijo de Dios y la revelación de la vida eterna (comp. 1 Juan 1:1-4). Las cartas de Juan nos enseñan más aspectos de la vida eterna, tal como se hace visible en los creyentes mismos. El libro de Apocalipsis muestra el final de los caminos de Dios con la humanidad, y el juicio sobre el cristianismo apóstata y los judíos impíos que seguirán al anticristo. El cierre de este libro nos muestra la perspectiva del Reino de paz de mil años, y después el cielo nuevo y la tierra nueva.

1.2 El Verbo y el comienzo del mundo

Ahora queremos ocuparnos de algunos nombres y glorias del Señor Jesús en el primer capítulo del evangelio de Juan. Más adelante queremos mirar en Colosenses 1, Hebreos 1 y Apocalipsis 1 con el mismo propósito. ¿Somos conscientes de cuán necesario es llenar nuestros corazones con su gloria? En la misma medida en que Cristo sea más grande para nosotros y le adoremos, nuestra vida será más llena de gozo. Cuando el apóstol escribe en Juan 1:14 "*vimos su gloria*", sentimos algo del gozo que le llenaba, incluso cuando ya habían transcurrido sesenta años desde que el apóstol

acompañara al Señor en su camino por la tierra, viendo su gloria.

Este evangelio comienza con las palabras "*En el principio era el Verbo*" (Juan 1:1). Este es un principio que está mucho antes de Génesis 1, donde leemos "*En el principio creó Dios los cielos y la tierra*". Tampoco es el principio de Juan 1, donde dice "*Lo que era desde el principio*". Esto último se refiere al tiempo en que el Señor Jesús vino como hombre a la tierra. En cambio, el principio de Juan 1 es el tiempo que no tiene inicio, la eternidad de antes de comenzar el tiempo. El Señor Jesús existía siempre, y era siempre el Verbo de Dios.

Cuando se quiere conocer de verdad a alguien, hay que saber cómo piensa. Ello se conoce a través de lo que dice. Las palabras son necesarias para expresar lo que hay en su interior y que es invisible para los demás. Así también ocurre con Dios. Dios es demasiado grande y sublime para que sus criaturas lo lleguen a conocer. Sin embargo, Él se ha revelado y ha mostrado lo que hay dentro de su corazón. ¿Cómo hizo eso? Por medio de su Hijo, el Señor Jesucristo. En todos los sitios donde aprendemos algo sobre Dios, esta revelación ocurre por medio del Señor Jesús. Dios se ha revelado por medio de Él, y de una manera muy profunda. Por eso Él es el Verbo de Dios, la revelación completa de quién es Dios en persona. Es una bendición incomparable que tengamos

la Biblia en nuestras manos, y que ésta sea la Palabra de Dios para nosotros. Pero en primer lugar, la Biblia es la descripción de la gloria del Señor Jesús, desde Génesis 1 hasta Apocalipsis 22. Siempre que aprendemos algo sobre Dios, es Cristo aquel quien le ha revelado.

"Y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios". (Juan 1:1). Cristo no solo es aquel quien reveló a Dios, sino que también estuvo siempre *con* Dios. Él siempre estuvo cerca al Padre, porque estaba en su seno (v.18). Aquí se nos dice, desde el comienzo mismo del evangelio, que el Señor Jesús es pre-existente. Él no tiene comienzo ni final, Él mismo es Dios alabado por toda la eternidad. *"Él estaba en el principio con Dios"* (v.2). Y en el verso 3 dice: *"Todas las cosas por Él fueron hechas"*. ¿Por quién ha sido creado todo? Por el Verbo. Hemos visto que el Verbo (o Palabra) es un nombre del Señor Jesús. Esto es confirmado en Apocalipsis 19, donde Él desciende del cielo sobre un caballo blanco para hacer juicio: *"Y su nombre es: El Verbo de Dios"* (Apocalipsis 19:13).

Este Verbo es quien ha creado todo. ¿Alguna vez te has detenido a pensar que el Señor Jesús ha creado todas las cosas? ¿Sabes que tu Salvador es tan grande que creó todo el universo, el mundo visible y el invisible? Quizás tienes presente que Dios es el creador del universo (Génesis 1:1), pero la Escritura enseña que Dios creó todo mediante la Persona del Hijo: *"todas las cosas por él"*

fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Juan 1:3). No hay ninguna cosa creada, en el mundo visible o en el invisible, que no deba su existencia a Él. ¡Cuán grande es el Hijo de Dios!

Si pensamos un momento en el tamaño del universo, nos asombramos de una cosa tras otra. Nuestro sistema solar es una parte de la Vía Láctea, una galaxia formada por 100 a 300 mil millones de estrellas. Cada una de estas estrellas es un sol y algunas de ellas son cuatro millones de veces más brillantes y dos mil veces más grandes que nuestro sol. Al igual que en la Vía Láctea, la mayoría de las demás estrellas está agrupada en galaxias. Se estima que existen unos cien mil millones de galaxias. Si se asume que cada galaxia contiene unos cien mil millones de estrellas, y que no todas las estrellas se encuentran en galaxias, se puede calcular que la cantidad de estrellas es de 10 a la 25ava potencia, o sea, un 1 con 25 ceros detrás. Si uno repartiera estas estrellas entre la humanidad viva en este momento, a cada persona de la tierra le correspondería más de un billón de estrellas.

La estrella más próxima fuera de nuestro sistema solar está a una distancia de 4,3 años luz de nosotros. La estrella más alejada que conocemos está a 13.700 millones de años luz. Ese enorme universo fue creado por el Señor Jesús. ¡Cuán grande debe ser Él entonces! En el salmo 33 está escrito: *"Él dijo, y fue hecho"* (Salmo

33:9). Y esto es solamente el universo, el macrocosmos. Los científicos dicen que en el microcosmos, en la escala de los átomos, hay otro orden igual de maravilloso. Y con todo eso aún no nos referimos al mundo invisible, pues de ese sabemos muy poco.

1.3 La Luz verdadera

Además se dice en el verso 4: *"En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres"*. El Señor Jesús es la luz verdadera. A lo largo de toda la Biblia encontramos el tema "luz en la oscuridad". En la primera página de la Biblia encontramos ya esa luz, y en las últimas páginas también. La luz de la Nueva Jerusalén, la lumbrera que ilumina a la ciudad, es el Cordero (Apocalipsis 21:23). Tan pronto esa ciudad descienda del cielo, para nosotros habrá terminado toda oscuridad.

La oscuridad es un concepto simbólico de la separación entre el hombre y Dios, de las consecuencias del pecado y de la perdición, y de los poderes ocultos. Cuando el Señor Jesús vino al mundo, Él era la luz de los hombres. Sin Él no veríamos nada de las cosas de Dios, no sabríamos nada sobre el origen de la creación, sobre Dios ni sobre nosotros mismos como seres caídos; sin Él no sabríamos absolutamente nada. El juicio de Dios sobre nosotros como personas naturales es que tenemos *"el*

entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios" (Efesios 4:18).

Cuando Cristo vino al mundo, Él era la luz de los hombres por todo lo que decía y hacía. Así la oscuridad conoció la luz, y hubo corazones que se abrieron para la luz y quisieron recibirla. Esta luz es una luz especial: No solo es brillante, sino también es cálida, como lo es la del sol. La Biblia nos dice que Dios es *luz* (1 Juan 1:5). Esa es su esencia. Pero a la vez Él también es *amor*, ésa es su naturaleza (1 Juan 4:8,16). Ambas cosas, luz y amor, fueron reveladas de forma perfecta por el Señor Jesús. Pero la oscuridad no le comprendió (Juan 1:5).

Cuán triste es leer a continuación: "*En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron*" (Juan 1:10-11). El mundo aquí se refiere al sistema terrenal, que es gobernado por el diablo, el príncipe de este mundo; un sistema que está dominado por completo por el maligno, y completamente apartado de Dios (1 Juan 5:19). Podemos entender que el mundo no le reconociera, aunque nos cause dolor. Pero realmente no podemos comprender que el Señor haya venido en vano a lo suyo propio, a lo que le pertenecía, al pueblo que Dios había elegido y que tenía todo lo necesario para conocer bien a Dios, el pueblo al cual Dios mismo se había revelado durante siglos, el pueblo que descendía de patriarcas que

conocían a Dios. Cuando el Hijo del Hombre vino a los descendientes de estos hombres piadosos, a lo que era suyo, los suyos no le recibieron. ¡Dios fue rechazado en la Persona de su Hijo! Él vino para rescatarlos de la esclavitud del pecado, como antes Moisés había sacado al pueblo de Egipto. Pero no le recibieron. ¡Qué tragedia!

Lo que significó para el Señor el ser rechazado por su pueblo, quizá lo podemos ver en Mateo 11:25-30. Este capítulo comienza con la noticia de que Juan el Bautista había sido encarcelado. Entonces el preparador del camino del Señor comenzó a dudar de si Él sería realmente el Mesías. Juan no podía entender que, después de anunciar al Mesías, hubiera terminado en la cárcel; más tarde fue ejecutado. Más adelante en este capítulo vemos que el Señor pronunció un juicio sobre algunas ciudades; estas ciudades habían visto sus milagros, y según el Señor eran más culpables que Tiro y Sidón, e incluso más que Sodoma (Mateo 11:20-24). Él veía cómo su servicio y Él mismo eran rechazados cada vez más por el pueblo de Israel.

Contra este fondo ("en aquel tiempo") escuchamos decir al Señor: *"Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó"* (Mateo 11:25-26). Él sintió todo el dolor del rechazo y la enemistad de los dirigentes judíos, mas sin embargo alabó al Padre. ¡Para

cuántos creyentes en siglos pasados, estas palabras del Señor habrán sido de consuelo en tiempos difíciles, en tiempos de enfermedad, persecución y necesidad! ¡Qué alivio es, y qué bendición produce, cuando en tiempos difíciles alguien puede decir: "Sí, Padre, porque así te agradó"! Eso indica que alguien acepta el camino por el cual Dios le lleva.

Pero Dios había escondido esto para los sabios y entendidos del pueblo; quizá el Señor, al decir esto, pensaba especialmente en los escribas. Tanto los escribas como los saduceos son un ejemplo aterrador para nosotros, de que se puede estudiar la Escritura y sin embargo estar ciego. A los saduceos el Señor dijo: "*Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios*" (Mateo 22:29). También nosotros podemos equivocarnos por causa de un deficiente conocimiento de la Escritura. Pero Dios lo reveló a los niños pequeños.

Mateo describe al Señor Jesús como el Rey de Israel, y así también se presentó Él al pueblo. Pero por su ceguera y enemistad, fue como si le hubieran arrancado sus vestidos reales. ¿Y qué apareció entonces? ¡Su gloria como el Hijo de Dios! ¡Cuando Él fue rechazado en su carácter de Rey de Israel, Dios trajo a luz una gloria más grande, su gloria personal como el Hijo! A Dios no le faltan caminos y medios para glorificar a su Hijo. Así el Señor continúa diciendo: "*Todas las cosas me fueron*

entregadas por mi Padre" (Mateo 11:27). Él se desplaza a la situación posterior a la cruz de Gólgota, y piensa en su glorificación. Son casi las mismas palabras del final de este evangelio: *"Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra"* (Mateo 22:18). Y entonces, aquí continúa con estas palabras: *"Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar"* (Mateo 11:27). Cuando el Señor Jesús fue rechazado como Rey de Israel, Dios reveló su gloria como Hijo del Padre.

Es en este contexto cuando Él dice entonces: *"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar"* (Mateo 11:28). El evangelio del Salvador muerto y resucitado no está dirigido solamente a Israel, sino al mundo entero. *"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados"* - ¡qué maravilloso mensaje! ¿Cuál fundador de una religión se ha atrevido jamás a decirle tales palabras a los hombres? Cuando el Señor Jesús es rechazado como Rey de Israel, es hecho el Salvador de todo el mundo (comp. Juan 4:42). Pero el camino hacia la gloria tuvo que pasar por el sufrimiento: *"¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?"* (Lucas 24:26)

Busquemos las glorias del Señor Jesús en las Escrituras. Leamos la Biblia en oración. El Señor estuvo dispuesto a andar por el camino del sufrimiento. Él dijo: "Sí,

Padre". Él aceptó el rechazo por parte del pueblo de Israel. Por más difícil que fuera el camino, Él sabía que con ello glorificaría a Dios, y que Dios revelaría su gloria. ¡Qué maravillosa es esta Luz verdadera!

1.4 El unigénito Hijo

En Juan 1:14 encontramos el milagro de la encarnación del Verbo eterno: Dios se hizo Hombre en la Persona de Cristo, y Él vivió entre nosotros (literal: "acampó"). Esto nos lleva al siguiente aspecto de su gloria: "*A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer*" (Juan 1:18). Desde el principio del evangelio de Juan, se ve al Señor rechazado (comp. Juan 1:10-11). Sin embargo, hay quienes creen en Él, y Él les da potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan 1:12-13).

¿Qué es tan especial en el hecho de que los creyentes sean hechos *hijos* de Dios? ¡Esto implica que tienen un *Padre*! Estamos acostumbrados a decir que somos hijos de Dios, pero ¿somos conscientes de lo que significa tener a Dios como Padre? ¿Conocemos la comunión con el Padre, valoramos nuestro libre acceso a Él, hablamos con Él sobre todo lo que nos ocupa? ¿Le adoramos por el hecho de habernos dado a su propio Hijo, y con Él una plenitud de bendición?

El Señor Jesús debía revelar a Dios como *Padre*, para que nosotros pudiéramos conocerle como tal. Solo Él podía hacerlo, pues Él conocía al Padre. Él es "*el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre*" (comp. Juan 1:14). "Unigénito" significa que Él es el *único* Hijo, y que Él es *único*. Sí, Él es único en todo sentido, nada ni nadie puede compararse a Él. "Unigénito" aquí no significa que Él, el eterno Hijo de Dios, haya tenido un comienzo, sino que Él en su naturaleza, en su divinidad, es igual al Padre. Muchos han sacado conclusiones completamente erróneas del título "unigénito Hijo". Quien ha leído, y meditado en su corazón, lo que Juan escribió en el comienzo de su evangelio (Juan 1: 1-2), sabe que el Señor no ha tenido un comienzo. Entonces, *unigénito* solo puede significar que Él es el único Hijo, y que Él es igual al Padre. En la Divinidad, el Padre y el Hijo están al mismo nivel. Cuando el Señor dijo: "*Mi Padre es mayor que yo*" (Juan 14:28) hablaba de su posición como hombre aquí en la tierra.

"...que está en el seno del Padre". Quizá estamos tan acostumbrados a la expresión que el unigénito Hijo está en el seno del Padre, que ya no meditamos sobre lo que esto realmente significa. Para ello debemos leer Proverbios 8:29-31, donde se habla sobre la eterna Sabiduría. Allí está escrito: "*...cuando establecía los fundamentos de la tierra, con Él estaba yo ordenándolo todo, y era*

su delicia de día en día, teniendo solaz delante de Él en todo tiempo. Me regocijo en la parte habitable de la tierra..." La Sabiduría aquí es representada como una persona, y eso nos lleva a ver acá al Señor Jesús, por quien Dios hizo el universo (Hebreos 1:2). El Hijo estaba, y está, en el seno del Padre. El Padre tiene su complacencia en Él, tiene su gozo en Él. Entre el Padre y el Hijo existe una relación de confianza, un amor único, un pensamiento compartido que no podemos imaginar.

Pero es bueno pensar sobre esto. ¿Por qué? Porque tú y yo, como creyentes en la obra del Señor Jesús que hemos recibido perdón de pecados, hemos muerto, resucitado y sido hechos uno solo con Él, y así también hemos sido introducidos en esa íntima relación con el Padre, en la cual el Señor Jesús como Hijo estaba desde siempre. ¿Podemos comprender eso? El Señor Jesús en Juan 15:15 dijo: *"Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer"*. ¿Te das cuenta de lo que está escrito aquí? Todo lo que el Señor Jesús ha escuchado de su Padre, nos lo ha dado a conocer a ti y a mí. Después de su resurrección, le dio este mensaje a María Magdalena para que lo transmitiera a sus discípulos: *"mas vé a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios"* (Juan 20:17).

Somos hermanos del Señor Jesús. Su Padre es nuestro Padre, y el Señor Jesús nos ha dado a conocer al Padre.

1.5 El Cordero de Dios

En Juan 1:29 y 1:36 vemos aún otro aspecto de la gloria de Cristo: ¡Él es el Cordero de Dios! Así le vemos en los evangelios, pero también explícitamente en el último libro de la Biblia (Apocalipsis cap. 5 y siguientes). Cristo se hizo hombre para poder dar su vida como Cordero en sacrificio, y así derrotar al pecado, a la muerte y al diablo. Él participó de carne y sangre a fin de poder poner su vida y volverla a tomar (Juan 10:17-18, Hebreos 2:14-15).

"El día siguiente vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29). Aquí Juan llama al Señor Jesús el *"Cordero de Dios"*, y dice que este Cordero *"quita el pecado del mundo"*. En el Antiguo Testamento fueron sacrificados incontables corderos. La primera vez lo leemos acerca de Abel, quien trajo de los primogénitos de sus ovejas en ofrenda a Dios (Génesis 4:4). El cordero también tuvo un papel importante cuando Israel salió de Egipto; en esa noche, cada familia debió sacrificar un cordero de pascua. Su sangre debía ser puesta en los postes y el dintel de la puerta. ¿Cuántos corderos habrán sido sacrificados esa noche?

En Éxodo 29:38-42 encontramos una indicación que Dios dio al pueblo sobre el servicio en el tabernáculo: cada mañana y cada tarde debían ofrecer un holocausto. Si continuamos hasta leer sobre las ofrendas en Levítico, encontramos cada vez de nuevo el sacrificio de corderos, por ejemplo en las fiestas de Jehová; a veces eran siete corderos (Levítico 23). En 1 Reyes 8:63 podemos leer cómo Salomón ofreció no menos de 120.000 corderos en la dedicación del templo.

En Levítico 4:32 se dice en relación con la ofrenda por el pecado: "*Si por su ofrenda por el pecado trajere cordero...*"; después se relatan varias actividades relacionadas con la ofrenda, y al final se dice "*...y será perdonado*" (v.35). Sin embargo, sabemos por el Nuevo Testamento que los pecados nunca podían ser perdonados con base en la muerte de un animal: "*porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados*" (Hebreos 10:4). El israelita podía aceptar el perdón con base en la Palabra de Dios, pero Pablo escribe en la carta a los Romanos que Dios soportó y pasó por alto los pecados pasados, con miras a la obra del Señor Jesús (Romanos 3:25-26).

Todos los animales sacrificados en el Antiguo Testamento señalan al hecho de que el Señor Jesús vendría y que Él sería el Cordero de Dios. Sí, Él ha dado su vida. La sangre del Cordero fue vertida en la cruz de Gólgota. ¡Cuánto valor tiene aquella sangre! El tema "el

Cordero" amerita un estudio aparte en la Biblia. En el libro de Apocalipsis encontramos 28 veces la expresión "Cordero" como nombre del Señor Jesús. Literalmente dice "Corderito", lo cual indica que es un Cordero tierno, despreciado por los poderosos del mundo. El carácter del cordero también nos muestra la disposición del Señor para sufrir. En Jeremías 11:19, Jeremías habla de sí mismo como un cordero inocente que llevan a degollar; en esto muestra al Señor Jesús. O pensemos en el conocido texto de Isaías 53, uno de los pasajes más claros del Antiguo Testamento sobre los sufrimientos del Mesías: "*como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca*" (Isaías 53:7). ¡Cuánta gloria se expresa tan solo en la palabra *Cordero*!

¿Puedo preguntarte qué significa el Señor Jesús para ti? ¿Vale la pena decir: "Señor Jesús, gracias porque Tú te hiciste el Cordero de Dios y por ti recibí perdón de pecados?" ¿Podemos dejar pasar un solo día sin darle gracias de corazón por el hecho de que Él se haya hecho Cordero de Dios? Miremos a la cruz de Gólgota, donde Él estuvo colgado como el sangrante Cordero de Dios. Él no es *nuestro* Cordero, Él es el Cordero *de Dios*. Esto significa que Dios dio su Cordero - su Hijo amado - por ti y por mí. ¡Tan intensamente Dios amó al mundo, tanto estuvo dispuesto a dar por nosotros, que le hizo morir

como Cordero! En el cielo no acabaremos nunca de pensar en esto y de adorarle a Él por ello.

Juan aún añade: *"que quita el pecado del mundo"*. ¿Cuándo ocurriría esto? Quitar el pecado, significa que vendrá un tiempo en que no habrá pecado, en que el pecado será abolido o eliminado (comp. Hebreos 9:26). Ese es el tiempo del cual habla Apocalipsis 21. Que el pecado sea quitado del mundo no significa solamente el perdón de pecados; no, esto va mucho más allá. Significa que habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, perfectamente nuevos, donde no existirá pecado. Ese es el propósito de Dios con la creación y la redención.

A veces me pregunto por qué desde la caída en pecado, hace miles de años, existe tanto sufrimiento. Quizá tú también te preguntes por qué en nuestro tiempo aún hay tanto dolor. Aunque Dios no es de ningún modo responsable por el pecado, Él ha escogido este camino para, a través del sufrimiento, establecer un mundo nuevo y glorioso. Pensemos nuevamente en las palabras de Lucas 24: *"Era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y entrara en su gloria"*.

El sufrimiento también puede ser muy doloroso para nosotros. No seamos demasiado pronto en responder a la pregunta de por qué los creyentes deben sufrir. A veces es una disciplina de parte de Dios, a veces son las

consecuencias del pecado propio. A veces el sufrimiento sirve para formarnos, para que lleguemos a una comunión más íntima con Dios como creyentes; o nos guarda de desviarnos y nos protege de algo peor. En general, el camino a la gloria pasa por el sufrimiento. ¿No hay cada día alguna forma de sufrimiento para el cristiano que vive con el Señor Jesús? Eso no puede ser de otra manera, porque él experimenta las cosas que ocurren en el mundo, como catástrofes, enfermedades, guerras y muerte. ¿O todo eso nos pasa sin importarnos? También ve cosas que le entristecen en el mismo pueblo de Dios, pensando por ejemplo en divisiones y separación entre los hijos de Dios. Y además, siente con tristeza cómo él mismo peca muchas veces; esto no debería ser normal, pero ocurre.

¡Cuánto sufrimiento hay! Muchas veces no tenemos respuesta para ello, pero ése es el camino de Dios hacia la gloria. ¿No experimentaremos y apreciaremos mucho más profundamente la gloria perfecta que recibiremos algún día, si también hemos conocido el otro lado, el del sufrimiento? El Señor Jesús anduvo el camino desde el sufrimiento hasta la gloria. Él es el *"autor y consumidor de la fe"* (Hebreos 12:2). En Hebreos 12 continúa: *"...menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta*

desmayar". Cuando Él sufría, lo soportaba con miras al gozo que sería su porción. Justamente en este sufrimiento se expresa un aspecto muy especial de su gloria.

1.6 El Señor Jesús es quien bautiza con el Espíritu Santo

Juan el Bautista fue enviado a bautizar a los judíos con agua, con lo cual confesaban sus pecados. Ese era un bautismo externo, un bautismo con agua. Pero cuando vio venir hacia él al Señor Jesús, Dios le dijo: "*Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo*" (Juan 1:29-33). Juan dio testimonio de que el Espíritu descendió del cielo como paloma sobre el Señor Jesús, y permaneció sobre Él. Aquel sobre quien descendiera el Espíritu de esta manera, bautizaría con el Espíritu Santo. ¿Qué significa que el Señor Jesús bautizaría con el Espíritu Santo? El bautismo con el Espíritu Santo es una bendición que fue hecha posible con base en la obra consumada en la cruz.

El bautismo con agua significa, en primer lugar, que alguien entra en un terreno nuevo, en el cual se somete a la autoridad del Señor Jesús; a la vez también muestra que entra en un lugar de bendición. El bautismo de Juan era "*para perdón de pecados*". El bautismo cristiano con agua

es una imagen del hecho de que alguien ha sido sepultado con Cristo (Romanos 6:3-4). Pablo, cuando aún se llamaba Saulo, fue exhortado con las palabras: *"Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre"* (Hechos 22:16). El bautismo cristiano es la señal exterior de la identificación con Cristo. La fe es asunto del corazón, el bautismo es asunto de confesión: *"Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación"* (Romanos 10:10). Mediante el bautismo me sitúo al lado de Cristo, y con ello siempre viene bendición.

En cambio, el bautismo con el Espíritu Santo es algo más grande. Mediante el bautismo por el Espíritu Santo, Dios nos sitúa en un terreno de bendición mucho más grande, porque por este bautismo nos hacemos miembros del cuerpo de Cristo. De ello leemos en 1 Corintios: *"Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu"* (1 Corintios 12:13). Esto es una inmensa bendición. Este bautismo con el Espíritu Santo ocurrió el día de Pentecostés (Hechos 2:1-4). Ese día se originó algo completamente nuevo, que no existía en el Antiguo Testamento: la iglesia de Jesucristo, sobre la cual dijo a Pedro: *"Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella"* (Mateo 16:18). En ese momento la iglesia aún estaba en el futuro, pero el día de Pentecostés

fue formada, fundada en la obra redentora de Cristo. Aquellos que creyeron en Cristo no recibieron solamente el perdón de pecados, sino también el don del Espíritu Santo (comp. Hechos 2:38).

El bautismo con el Espíritu Santo, cuando el Señor glorificado derramó su Espíritu en la tierra, fue un acontecimiento único. Pero hoy, todo aquel que cree en el Señor Jesús como su Redentor recibe el Espíritu Santo - aun cuando el Nuevo Testamento no siempre describe esto como un "bautismo" (= inmersión, sumergimiento) (comp. Romanos 8:15-16, 2 Corintios 1:21-22, Gálatas 4:6, Efesios 1:13, 1 Juan 2:27). ¿Puedo preguntarte cuándo fue la última vez que diste gracias de corazón al Señor Jesús por el don del Espíritu Santo? El Señor dijo a sus discípulos poco antes de su muerte: *"Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre"* (Juan 14:16). El Espíritu nunca más se apartará de un verdadero creyente.

Por medio del Espíritu de Dios aprendemos a conocer mejor al Señor Jesús. Él nos ayuda a comprender mejor la Palabra de Dios. Él es quien nos muestra nuestras faltas, para que podamos confesarlas. Mediante el Espíritu Santo estamos unidos indivisiblemente con Cristo como miembros de su cuerpo, y por ello también estamos unidos indivisiblemente entre nosotros como creyentes. Es el Señor mismo quien nos ha dado tan

inmensas bendiciones mediante su muerte y mediante el bautismo con el Espíritu Santo. Algún día comprenderemos mejor toda la extensión de estas bendiciones; entonces le adoraremos a Él y admiraremos su gloria por toda la eternidad.

1.7 El Mesías - el Cristo - como Profeta, Rey y Sumo Sacerdote

El Señor que bautiza con el Espíritu Santo, también fue ungido Él mismo con el Espíritu, que permaneció sobre Él, como vimos. Así lo vemos en Juan 1:41, donde se habla de aún otro aspecto de la gloria de Cristo. Allí Andrés le dice a su hermano Pedro: *“Hemos hallado al Mesías (que traducido es: el Cristo)”* -es decir, el Ungido. *Mesías* es la forma hebrea de la palabra griega *christos*. Esta palabra aparece frecuentemente en el Antiguo Testamento, aunque en nuestra traducción poco se refleje así. En todo caso encontramos al Mesías en Daniel 9:25-26. Con frecuencia se designa como “ungido” a un rey, al sumo sacerdote (el sacerdote ungido), o a un profeta. Cada uno de estos tres cargos muestra al Señor Jesús, quien es no solo el Rey, sino también el gran Sacerdote y Profeta. Como Profeta Él reveló a Dios, como Rey ungido vino a su pueblo Israel, y como Sumo Sacerdote fue recibido por Dios en el cielo

después de haber consumado la obra de redención. En el Antiguo Testamento, el Sumo Sacerdote tenía la misión de representar al pueblo ante Dios. De esa manera hoy Cristo representa a los suyos ante la presencia de Dios (ver la carta a los Hebreos). Estos distintos cargos nuevamente nos muestran distintos aspectos de su gloria. El nombre *Cristo* aparece casi 300 veces en el Nuevo Testamento.

Hubo un tiempo en que el Señor le prohibió a sus discípulos que dijese que Él era el Cristo (Mateo 16:20). Como Cristo, Él era el Rey ungido por Dios sobre su pueblo Israel. Pero cuando se hizo evidente que los dirigentes del pueblo definitivamente le rechazaban, los discípulos ya no le debían anunciar como tal. Luego vendría el tiempo en que sí deberían hacerlo. Cuando el Señor hubo terminado la obra de redención, Pedro pudo exclamar en alta voz en su discurso al pueblo de Israel el día de Pentecostés: *“A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”* (Hechos 2:32-36). La honra que el pueblo de Israel no le

quiso dar, se la dio Dios después de haber terminado su obra. Por ello el nombre *Cristo* nos señala especialmente al Señor Jesús glorificado a la diestra de Dios.

Con frecuencia *Cristo* o *el Cristo* hace referencia al Señor Jesús en relación con los creyentes, donde Él es la cabeza gloriosa en el cielo y los creyentes son los miembros de su cuerpo aquí en la tierra. Esa es una de las mayores glorias del nombre *Cristo*, porque en Él somos bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales (Efesios 1:3).

1.8 Jesús de Nazaret – el YO SOY

En Juan 1:45 nuevamente hallamos otro nombre de nuestro Señor y Salvador. Allí Felipe, quien ya era discípulo del Señor, encuentra a Natanael y le dice: “*Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret*”. Natanael tuvo problemas con esta expresión. Dice: “*¿De Nazaret puede salir algo de bueno?*” (Juan 1:46). Nazaret era la ciudad de Galilea donde Jesús se había criado. Galilea era una región despreciada. El Nuevo Testamento contiene la expresión “*Galilea de los gentiles*” (Mateo 4:15). En esta región estaba la ciudad de Nazaret, que por lo visto tampoco tenía buena fama. ¿De esa ciudad vendría algo bueno? El hecho de que Jesús viviera allí, dio lugar a la

expresión “Jesús nazareno” (Mateo 2:23 y 26:71; Marcos 1:24, 10:47, 14:67 y 16:6; Lucas 4:34, 18:37 y 24:19; Juan 18:5 y 7; Hechos 2:22 y 24:5). Ese nombre expresa desprecio.

A eso se suma que el nombre *Jesús* por sí ya es un nombre que nos señala su humillación. El ángel que apareció a José, le anunció que María daría a luz un Hijo y le pondría por nombre Jesús. La razón de esto era: “...*porque Él salvará a su pueblo de sus pecados*” (Mateo 1:21). El nombre Jesús indica su muerte, su profunda humillación en la cruz, donde Él debía morir por los pecados. *Jesús* es la versión griega del nombre hebreo “Jehosua”; la forma abreviada es *Josué*.

El significado del nombre *Jesús* es: “Jehová salva” o “Jehová es salvación”. A nosotros nos llegó salvación, porque el Hijo de Dios se hizo hombre y dio su vida en la cruz como el Cordero de Dios. ¿Existe un nombre más hermoso que el nombre Jesús? Felipe dijo: “Jesús de Nazaret”. Ambos nombres nos recuerdan la humillación de nuestro Señor.

En este contexto me gustaría referirme a Juan 18:4-6, donde el Señor, al ser apresado en el huerto de Getsemaní, preguntó a los que le odiaban: “¿A quién buscáis?” Su respuesta fue: “A Jesús nazareno”. Esta respuesta encierra un fuerte menosprecio. Pero ¡qué

contraste viene después! El Señor les responde: “Yo soy Él”, o simplemente, “Yo soy”. Nadie de nosotros puede decir: “Yo soy”. En el Antiguo Testamento éste era el nombre del Dios eterno (comp. Éxodo 3:14, Deuteronomio 32:39, Salmo 102:27). En el momento que Jesús dijo “Yo soy”, la multitud retrocedió y todos – incluyendo a Judas – cayeron a tierra. Eso no fue reverencia por parte de ellos. Era la majestad del nombre de nuestro Señor, que no podían resistir. Cayeron a tierra. Eso casi es un cumplimiento adelantado del juicio venidero. Muchos de estos hombres estarán un día frente al Juez, quien estará sentado sobre el gran trono blanco. Entonces recordarán esta escena. Uno de ellos, Judas, unas horas más tarde ya no estaba vivo. ¿Cuán ciegas deben haber estado estas personas, que pudieron ver en un destello la gloria del Señor Jesús, y sin embargo le apresaron unos instantes más tarde?

*"Jesús", ¡tierno nombre de precio y valor!
Tu nombre bendito, Jesús, Salvador,
por cima de todos, sin par, sin igual,
exhala fragancia de amor celestial.*

(Himnos y Cánticos 139)

1.9 El Hijo de Dios, el Rey de Israel

En Juan 1:49 hallamos otros nombres o títulos que describen la gloria del Señor Jesús. Cuando Natanael encontró al Señor, le dijo: “¿De dónde me conoces?” A lo cual el Señor le respondió: “*Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi*” (Juan 1:48). Al parecer esto hizo sentir a Natanael como si alguien mirara a través de su ser; además era un hombre muy honesto, pues el Señor ya había dicho de él: “*He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño*” (Juan 1:47). En el verso 49, Natanael primero llama al Señor “Rabí”, que significa “maestro”. Esto es un término respetuoso. Con ello estaba diciendo: “A partir de hoy tú serás mi Maestro, que me enseñe. Quiero aprender solo de ti, y ser tu discípulo”.

Entonces prosigue con las palabras: “*Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel*”. Con ello expresa una realidad que cada israelita del Antiguo Testamento podía conocer. En el Salmo 2:6-7 está escrito: “*Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte. Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te he engendrado hoy*”. Cuando se dice aquí que el Hijo de Dios fue engendrado, claramente no se refiere a su estado *eterno* como Hijo, sino a su carácter como Hijo de Dios nacido acá en la tierra. Fue Dios el Espíritu Santo quien lo engendró en María. Precisamente eso es lo que el ángel dijo a José:

“...lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es” (Mateo 1:20). Así también habló el ángel Gabriel a María: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios”* (Lucas 1:35).

También como hombre, el Señor Jesús era el Hijo de Dios, y como tal tuvo un comienzo. Él fue engendrado. Ese es el milagro de la encarnación de nuestro Señor, que nunca podremos comprender. La encarnación y la concepción de Jesús en María forman un gran misterio, que no podemos explicar, pero que deseamos honrar. El infinito y exaltado Creador del mundo visible y del invisible se hizo hombre, y nació como un pequeño niño. Natanael reconoció en el Señor Jesús al Hijo de Dios, y al Rey de Israel. ¿No debería inclinarse todo el pueblo de Israel para adorarle a Él? En lugar de ello, el Rey de Israel fue desechado por lo suyos y tuvo que ir por el camino del sufrimiento.

1.10 El Hijo del Hombre

En los versos 50 y 51 el Señor le dice a Natanael: *“Cosas mayores que éstas verás... de aquí en adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre”*. Este es el último nombre del Señor Jesús en este capítulo: el Hijo del Hombre. Ese nombre implica

que el Rey de Israel sería desechado por su pueblo y debía padecer como hombre. Recién leímos en el Salmo 2:6-7 que Dios había ungido al rey, y que este rey es el Hijo de Dios, engendrado por Dios. Pero en el Salmo 8:4 se habla del Señor como el Hijo del Hombre. Los salmos intermedios, del Salmo 3 al 7, muestran proféticamente el camino de rechazo y sufrimiento de nuestro Señor.

Leeremos ahora algunos de estos versos. En el Salmo 3:1 dice David: *“¡Oh Jehová, cuánto se han multiplicado mis adversarios!”* David escribió este poema cuando huía de delante de Absalón. Aquí David es un ejemplo del Redentor. En el Salmo 4:2 dice, como tipo de Cristo: *“Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo volveréis mi honra en infamia?”* En lugar de glorificar al Señor, los hombres le han avergonzado horriblemente. Él fue deshonrado durante todo el tiempo de su ministerio, y en especial cuando le dieron muerte. En el Salmo 5:8 David pide: *“Guíame, oh Jehová, en tu justicia, a causa de mis enemigos; endereza delante de mí tu camino”*. Proféticamente, aquí el Señor ora por dirección en su camino. En el Salmo 6:3 dice: *“Mi alma también está muy turbada; y tú, Jehová ¿hasta cuándo?”* El Señor pone este sufrimiento ante Dios y le pregunta cuánto más ha de durar. En el Salmo 7:1 expresa su confianza con las palabras: *“Jehová Dios mío, en ti he confiado; sálvame de todos los que me persiguen, y librame”*. Aquí podemos meditar sobre la última noche en la vida

del Señor Jesús. ¡Sálvame! Estas son palabras similares a las que hallamos en el Salmo 22.

Pero después sigue el salmo 8, y ésta es la respuesta divina al rechazo al Señor Jesús. En el verso 4 dice: *“¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?”* El verso 5 deja claro que la expresión “el hijo del hombre” se refiere al Señor Jesús: *“Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra”*. Primero vemos entonces su humillación, en la cruz donde murió. Él se humilló *por debajo* de los ángeles, porque los ángeles no pueden morir. Después sigue la respuesta de Dios a su rechazo y humillación: *“...lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies”* (Salmo 8:5-6). Estos versos, que también se citan en Hebreos 2, nos muestran la glorificación del Señor Jesús. Dios se encargará de que el Señor Jesús no solo reine sobre Israel, sino que como Hijo del Hombre reinará sobre toda la tierra, sí, sobre todo el universo.

Por un lado, este nombre del Señor muestra su humillación aquí en la tierra. En el Nuevo Testamento, la expresión “el Hijo del Hombre” se utiliza por primera vez en Mateo 8:20: *“Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza”*. Él no tuvo sitio en la tierra, Él fue rechazado. Por otra parte, este nombre nos muestra su glorificación

en el cielo, y eso hace más impresionante el contraste: *“Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria”* (Mateo 24:30). Cuando el Señor regrese como Hijo del Hombre, será la cabeza sobre todas las cosas, y reunirá el cielo (el mundo invisible) y la tierra (el mundo visible) en uno solo (Efesios 1:9-10).

Por ello ahora dice a Natanael: *“Cosas mayores que éstas verás”*. La fe puede ver desde ahora que en el futuro el cielo se abrirá y los ángeles de Dios subirán y descenderán sobre el Hijo del Hombre. Como Cristo aceptó su rechazo como Hijo del Hombre, Dios le resucitó después de su muerte y le glorificó a su diestra en el cielo. Cuando Él regrese, el cielo se abrirá y habrá una comunicación estrecha entre el cielo y la tierra. Para nosotros como creyentes, el cielo se abrirá cuando Él venga para traer a sí a su iglesia. Ése es el próximo acontecimiento profético que esperamos. Sí, le esperamos a Él, quien prometió *“Yo vengo pronto”*. Cuando Él aparezca en gloria, nosotros vendremos con Él desde el cielo y reinaremos con Él.

2. El amado Hijo de Dios

Aspectos de la gloria de Cristo en Colosenses 1

2.1 Introducción

En la parte 1 hemos visto algunos aspectos de la gloria de Cristo en Juan 1. Se sabe que los escritos de Juan están entre los últimos que fueron agregados a las Sagradas Escrituras. Se acepta generalmente que fueron escritos entre los años 90 y 95 después de Cristo. Con la carta de Pablo a los colosenses ocurre algo muy distinto: esta fue escrita unos 30 años antes, en el tiempo en que Pablo estaba preso en Roma. Había escuchado cómo estaban los creyentes en Colosas, y sabía de los peligros en que se encontraban. Sin embargo, en esta carta no comienza con lo negativo, sino con lo positivo. Primero alaba a los colosenses, y luego les presenta al Señor Jesús en su gloria. A manera de excepción, queremos comenzar con lo negativo, para que podamos comprender mejor los versos 13 a 20 del capítulo 1. En los aspectos negativos nombrados en el capítulo 2 encontramos los peligros para los colosenses. Hay al menos cinco peligros para los creyentes, los cuales veremos brevemente a fin de

comprender mejor el carácter en que se presenta la Persona de Cristo en el capítulo 1.

2.2 Peligros para los colosenses

Filosofía

El peligro de la filosofía lo encontramos en Colosenses 2:8, donde leemos la siguiente advertencia: *“Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas”*. En aquel tiempo se trataba sobre todo de la filosofía gnóstica, que era una mezcla de enseñanzas cristianas con filosofía griega y judía. En sus razonamientos y abstracciones, estos filósofos llegaban a conclusiones completamente erradas sobre la Persona del Señor. Así circulaban enseñanzas falsas sobre su humanidad y su divinidad; algunas de ellas negaban su humanidad, y otras su divinidad. Aceptar enseñanzas falsas sobre el Señor Jesús es un peligro mortal para los creyentes. Por eso es tan importante fundarnos sobre la Escritura. Quien se ocupa de la filosofía, tiene que ser consciente de los peligros asociados a ello. En realidad, en la humanidad ha habido – y todavía hay – personas muy capaces que han pensado asuntos muy grandes. Pero si su pensamiento no está fundamentado en la revelación de Dios, como la encontramos en las Escrituras, los llevará

a doctrinas erradas. Todos los creyentes de todos los siglos corren este peligro.

Tradicición

En el verso 8 también encontramos el peligro de las tradiciones humanas: “...según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo”. Este peligro existía en la primera época, y durante toda la historia de la iglesia ha aparecido en primer plano. Ocurre con mucha rapidez que la vida en comunión con el Señor Jesús disminuye, y es reemplazada por formas externas y pensamientos humanos. ¡Las tradiciones humanas también son un peligro para ti y para mí! No queremos señalar a otros, porque cuán fácilmente nosotros mismos solo preguntamos: “¿Qué pensaban las generaciones anteriores sobre este asunto?” Naturalmente, es interesante saber cómo pensaban los creyentes de antaño sobre asuntos de doctrina o de disciplina, pero lo más importante es que nosotros mismos abramos la Escritura y lleguemos a un juicio espiritual. Las tradiciones de los hombres nunca deben tener entre nosotros la autoridad que solo tiene la Palabra de Dios. ¿La Palabra realmente tiene la única autoridad

en nuestro pensar y hacer? El tradicionalismo ya era un peligro en la época de los Colosenses.

Legalismo

El peligro de una tendencia legal lo encontramos en los versos 16-21, donde Pablo escribe: *“Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o día de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo. ...¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: no manejes, ni gustes, ni aun toques?”* Con ello el apóstol se refiere a *ordenanzas judías*, que antiguamente tenían su significado como sombras de la plena realidad de Cristo. Estas sombras han llegado a su fin, porque el Señor Jesús ha venido y las ha cumplido. Por ello hoy en día ya no celebramos el sábado, sino el primer día de la semana, el día en que Cristo resucitó de los muertos. Sin embargo, hay creyentes sinceros que en su celo por la ley han regresado al sábado, que guardan días especiales y cumplen requisitos específicos para sus alimentos, como lo vemos en los versos 20 y 21. Pero Cristo nos ha hecho libres de toda esta clase de cosas.

El cumplimiento estricto de las palabras del Señor y de los apóstoles no se debe entender como legalismo, aun cuando en ellas encontramos algo sobre las cosas

exteriores. Pero sí lo es el añadir ciertas reglas a la Escritura para después ponerlas por encima de la Palabra de Dios. Otro aspecto del legalismo es la búsqueda de méritos, el deseo de lograr un cierto orgullo carnal acerca de nuestra vida espiritual, a través de una lista de reglas y mandamientos (ver verso 2:23). Todas esas cosas son más o menos un regreso al judaísmo, a una religión externa. Gran parte del cristianismo ha regresado a este pensamiento. Este peligro está presente en el corazón de cada creyente.

Mística

El peligro de la mística lo encontramos en el verso 18, donde se dice: *“Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto”*. Había personas – con frecuencia los llamados gnósticos – que tenían gran interés por el mundo invisible. Muchos aceptaban con agrado ciertas “revelaciones” para llegar a saber más sobre el mundo de los ángeles. Pero estas son cosas que Dios ha ocultado para nosotros. Es *mística*, por no decir ocultismo. Y esto no lo hallamos solamente en el catolicismo; tales corrientes malsanas también existieron entre los reformados y entre los “hermanos” (Ravenismo,

Taylorismo). Frecuentemente estas cosas van unidas a una doctrina errada sobre la Persona del Señor.

Ascetismo

El peligro del ascetismo (=abstención) se nombra en el verso 23: *“Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne”*. A lo largo de los siglos, este peligro se ha desarrollado sobre todo en la vida monástica. Entre los monjes ha habido hombres piadosos, a quien Dios ha usado para bendición. En la edad media, los monasterios frecuentemente eran centros de ciencia, que irradiaban el culto a Dios entre la población. Pero estaban errados en este sentido, en que se aislaban por completo del mundo, y que creían agradar a Dios mediante prácticas ascéticas. Esta abstención al final solo servía para “satisfacción de la carne”.

¿Qué puede entonces ser un posible peligro para nosotros? El punto clave es que cada una de estas cosas negativas nos aparta de Cristo, para que Él ya no sea el centro de nuestro corazón. Algunas personas dan mucho valor a una alimentación correcta – lo cual en sí no es malo – pero el resultado es que terminan fijándose

únicamente en el propio cuerpo. ¿No podríamos preguntarnos si no existen otras cosas más importantes? La salud es un gran bien, pero no es lo más importante en la vida. ¿Nuestra vida no está, luego, en la mano de Dios? La respuesta del apóstol a todos estos peligros, es que engrandece al Señor Jesús ante los colosenses, para que sus corazones nuevamente se unan a Él.

2.3 La oración de Pablo por los colosenses

Cuando el Señor Jesús comenzó a hacer sus señales, y con ello a revelar su gloria, en las bodas de Caná, el resultado fue que sus discípulos creyeron en Él (Juan 2:11). La labor del Espíritu Santo siempre es glorificar a Cristo. Esto es así en toda la Biblia, y también es el caso en Colosenses 1. Este hermoso pasaje está entre aquellos capítulos del Nuevo Testamento que, en forma comprimida, nos muestran múltiples glorias del Señor Jesús.

Antes de hablar sobre estas glorias, el apóstol dice dos veces que da gracias por los creyentes y ora por ellos (Colosenses 1:3-12). Pablo era un hombre de oración. ¿Nosotros oramos también por los creyentes? Ole Hallesby escribió alguna vez que la oración es la tarea más difícil, y la más importante, en el reino de Dios. Pero

es algo que cada uno de nosotros puede hacer. ¿O no tienes tiempo para ello? Pídele entonces al Señor que te ayude a distribuir tu tiempo en otra manera. ¡Pablo oraba continuamente! Oraba por los Colosenses, pidiendo que fueran *“lentos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios”* (Colosenses 1:9-10). El crecimiento verdadero solo se da cuando se conoce a Dios, y esto es un proceso continuo. Pedro escribe algo similar: *“Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A Él sea la gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén”* (2 Pedro 3:18). Lo primero es crecer *“en la gracia”*. Lo que hemos recibido es sólo gracia. Por ello solo podemos admirarnos a diario de la gracia que hemos recibido, y que siempre recibimos de nuevo. Y luego, crecer en *“el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”*. Conocer a Dios y conocer al Señor Jesús son cosas íntimamente relacionadas. Quien conozca mejor a las Personas divinas, verá más de su gloria.

Además, el anhelo de Pablo era que los Colosenses fueran *“fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad”* (Colosenses 1:11). Todos necesitamos poder, fortaleza espiritual. Pablo ora

pidiendo que Dios les fortalezca con todo poder *“conforme a la potencia de su gloria”*. ¿Qué significa esto? Significa que el conocimiento de la gloria nos hace conscientes del poder de Dios. Quien aprende a conocer y a admirar el poder de Dios, convierte eso en fortaleza espiritual. No puedo conocer el poder de Dios, y entender que Él tiene todo en su mano, sin *confiar* en Él. Entonces sé que su poder, el poder de su gloria, es tan grande que ningún problema será demasiado para Él – ya se refiera al mundo, a Israel, a la iglesia de Dios, a los creyentes individuales o a mi vida personal. La fortaleza de Dios proviene del poder de su gloria, y nos lleva a toda paciencia y longanimidad, con gozo.

“Con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz” (Colosenses 1:12). ¡No nos olvidemos de dar gracias! Pablo escribe en 1 Tesalonicenses 5:18: *“Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús”*. Dios desea que le demos gracias. ¿No hay muchas cosas por las cuales podemos agradecerle? Aquí en Colosenses 1 se trata de que demos gracias al Padre, por habernos hecho aptos para tener parte en la herencia de los santos en luz. Esa herencia implica que, junto con Cristo y todos los santos, reinaremos en el futuro sobre el cielo y la tierra (Comp. Efesios 1:9-10).

Y ahora encontramos la importante descripción de la gloria de Cristo como amado Hijo de Dios, que en los siguientes versos lleva al apóstol a un canto de alabanza a su gloria: “*el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo*” (Colosenses 1:13). Las *tinieblas* indican el poder del maligno y el pecado, del cual éramos esclavos. Como personas no redimidas, estábamos todos bajo el poder del diablo. Dios el Padre envió a su Hijo a la tierra para morir por nosotros y arrebatarnos a ese dominio. Él nos ha trasladado al reino de su amado Hijo. Para nosotros eso significa, primeramente, un cambio en cuanto al asunto de quién tiene autoridad sobre nosotros. Antes servíamos al pecado y al diablo, pero con la redención, Cristo ha sido hecho nuestro *Señor*. Por tanto ahora servimos a Dios y al Señor Jesús. El Señor Jesús es el *amado* Hijo del Padre. Hemos sido trasladados a un reino en que domina el amor. En el reino de las tinieblas solamente hay odio. ¡Qué felicidad saber que nosotros – los que creemos en el Señor Jesús – hemos sido trasladados al reino del *amado* Hijo del Padre!

El apóstol añade en Colosenses 1:14 que en Él “*tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados*”. Por más hermoso que sea el tema de la redención y del perdón de pecados, ahora queremos ocuparnos de un tema mucho

más profundo. Podríamos decirlo con una pregunta: ¿Quién es su amado Hijo? El apóstol responde a esta pregunta en los versos 15 a 20, donde enfoca ocho glorias del Señor Jesús.

2.4 La imagen del Dios invisible

Para comenzar, leemos aquí que el Señor Jesús es *la imagen del Dios invisible* (Colosenses 1:15). En 1 Timoteo 6:16 se dice de Dios que “*habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver*”. Este verso es difícil para muchos, pero lo que dice claramente es que Dios no puede ser visto. Dios es sencillamente inaccesible, a pesar de ser omnipresente. No hay ningún lugar en el mundo visible ni en el invisible donde Dios no esté. Pero si alguien quisiera ver a Dios, tendría que ser tan grande como Él. A esto se suma que Dios no solo es omnipresente, también es todopoderoso y omnisciente. Dios es infinitamente grande en todos los aspectos, y para una criatura es incomprendible. Nadie puede verle.

Y sin embargo, ¡podemos ver a Dios! ¿Cómo es posible eso? La respuesta es: porque Cristo es la *imagen* del Dios invisible. Cuando Él vino a la tierra, *Dios* vino a la tierra. Entonces todos pudieron ver a Dios, porque el hombre

Jesucristo es Dios. Ahora podemos ver a Dios, porque Él se hizo hombre y se hizo carne y sangre. Claro que sigue siendo cierto que ningún hombre jamás puede comprender o escudriñar a Dios en toda su infinita grandeza. Pero en Cristo *“habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”*. En Juan 1:18 leemos: *“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”*. ¿Qué significa entonces que el Señor sea la imagen de Dios? Un poco atrás escribe Juan: *“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”* (Juan 1:14).

¿Qué implica que el Señor es la imagen de Dios? En el lenguaje común una imagen muestra o representa alguna cosa. Si, por ejemplo, fuéramos a Leipzig y durante una caminata por la ciudad entráramos a la iglesia de Santo Tomás, allí podríamos ver una estatua del compositor Juan Sebastián Bach. Quizás alguien diría entonces: “¡Ése es Bach!” Todos sabrían de inmediato lo que querría decir. Obviamente la estatua no es el mismo Bach, sino una buena representación. La imagen *representa* al gran músico Bach. En Génesis 1:27 leemos que Dios creó a Adán y Eva a su imagen. El hombre, como la más alta de las criaturas del mundo visible, debía representar a Dios en toda la creación. El Señor Jesús, en cambio, es la

imagen del Dios invisible en un sentido mucho más profundo. Él ha representado a Dios entre los hombres de una manera única. Él pudo hacerlo porque es a la vez hombre, y Dios bendito por los siglos (Romanos 9:5); Dios manifestado en carne (1 Timoteo 3:16). En el Señor Jesús vemos al infinito, incomprendible Dios. Por todo lo que Él hizo y dijo, reveló a Dios. Con esto el apóstol comienza su descripción de la gloria de nuestro Señor.

2.5 El Primogénito de toda creación

La expresión “*el primogénito de toda creación*” (Colosenses 1:15) también guarda relación con el Señor Jesús como hombre. Muchos han usado esta expresión para sustentar una enseñanza errada sobre el Señor. Por ejemplo, los testigos de Jehová enseñan que el Señor Jesús es el primer ser creado por Dios. Eso contradice por completo lo que nos revela la Biblia. ¿Qué significa que él sea el “primogénito”? Para esto abrimos Deuteronomio 21:17: “*Mas al hijo de la aborrecida reconocerá como primogénito, para darle el doble de lo que correspondiere a cada uno de los demás; porque él es el principio de su vigor, y suyo es el derecho de la primogenitura*”. El primogénito gozaba de un derecho especial, que tenía que ver con la herencia. Recibía una doble porción de la herencia, en

comparación con sus hermanos. Si un padre tenía, por ejemplo, cuatro hijos, el hijo primogénito recibía el 40% de la herencia y los demás hijos recibían cada uno el 20%. Era posible perder, o incluso vender, el derecho a la primogenitura (comparar Génesis 25:29-34). Si el derecho pasaba a otro, éste tenía prelación sobre el primero.

En Éxodo 4:22 leemos una llamativa expresión con que Moisés habló a Faraón: *“Y dirás a Faraón: Jehová ha dicho así: Israel es mi hijo, mi primogénito”*. Dios estaba listo aquí para rescatar a Israel. Hizo saber a Faraón que Israel tendría un lugar muy privilegiado sobre todos los pueblos de la tierra. Dios es soberano, ¿quién puede impedirle favorecer a un pueblo en especial? En el verso 23 Dios le exige a Faraón: *“Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo, para que me sirva”*. Dios deseaba que Israel le sirviera como su primogénito. Con base en esta posición privilegiada, era deber de Israel que sirviera a Dios.

Hay otro texto con relación al primogénito: *“Hallé a David mi siervo; lo ungué con mi santa unción”* (Salmo 89:20). Más adelante en este salmo leemos en el verso 27: *“Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra”*. Aquí Dios le dio una posición excepcional a un solo hombre. La posición de David como primogénito

implicaba que recibiría un reino que superaba a todos los otros reinos. Dios le había hecho el rey más alto en toda la tierra. En cuanto a su nacimiento, David *no* era el hijo primogénito de su padre. En 1 Samuel 16, Samuel vino a Isaí para ungir a uno de sus hijos como rey. Los hijos entraron uno a uno, pero cada vez Dios decía que no había escogido a ése. Samuel pensó que sería el segundo hijo, cuando no fue el primero. Nadie en absoluto se acordó de David, el hijo menor; fue necesario traerlo del campo. Pero Dios le hizo “primogénito”.

En este contexto entendemos que el Señor Jesús recibió la posición de Primogénito, cuando se hizo hombre. Cuando el Creador entró en su propia creación, debía recibir la absoluta prelación; no podía ser de otra manera. El Señor Jesús tiene el primer lugar en todo (Colosenses 1:18). Esto lo debían aprender a ver los colosenses.

2.6 El Creador de todas las cosas

En Colosenses 1:16 se sustenta el hecho de que Cristo sea el primero en toda la creación: *“Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él”*. Aquí se nos describe al Señor como Creador. ¡Qué

glorioso es esto! Ya hemos meditado en ello con ocasión de Juan 1:3, pero la descripción que aquí encontramos va más allá. Todas las cosas han sido creadas en, y por, Cristo. Literalmente dice “*en Él*”, es decir, en el poder de su Persona. El Señor tiene tanto poder que una sola palabra bastó para hacer existir todo el inmenso universo. Pero Él no solamente creó el universo, el mundo visible, sino también el mundo invisible. Podemos preguntarnos, ¿el mundo invisible no será aún más impresionante? Ese mundo invisible es ante todo el entorno de los ángeles.

¿Qué sabemos sobre esto? Según el apóstol, en el mundo invisible hay tronos, dominios, principados y potestades. Podemos concluir que en el mundo de los ángeles existe una jerarquía. El mundo invisible no está poblado por ángeles que están todos al mismo nivel. Sabemos que el arcángel Miguel posiblemente es el mayor príncipe de los ángeles en relación a Israel (Daniel 10:13,21); es el único llamado explícitamente “arcángel” (Judas v.9). Además, en Lucas 1 se nombra explícitamente al ángel Gabriel cuando visitó a María para anunciarle el nacimiento del Hijo de Dios. Con seguridad cada ángel tiene un nombre. Cuando el Señor crea algo, siempre lo hace con un orden maravilloso. Él es el primogénito de toda creación, Él también es el soberano de los ángeles. Por más

poderosos que sean los ángeles, el Señor Jesús está muy por encima de todos ellos. A una orden de Él reaccionan legiones de ángeles. Cuando Él fue arrestado, una sola palabra, o una sola oración a Dios, hubiera sido suficiente para llamar a legiones de ángeles para asistirle (Mateo 26:53-54). Vale la pena estudiar el tema “ángeles” en las Escrituras y con ello pensar que el Señor Jesús es infinitamente superior.

Luego dice en Colosenses 1:16: *“todo fue creado por medio de Él y para Él”*. “Por medio” es una palabra diferente al “en” que encontramos al comienzo de este verso. Significa que el Señor – dicho con respeto – fue el instrumento por el cual Dios creó el mundo visible y el invisible. Alguien dijo una vez que el Padre hizo los planes y que el Señor Jesús los ejecutó en el poder del Espíritu Santo. Las tres Personas de la Divinidad participaron en la creación de todas las cosas. Lo mismo ocurre con la obra de redención: *“...Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios”* (Hebreos 9:14). Tanto en la creación como en la redención, estaba trabajando el tri-uno Dios.

Finalmente leemos que todas las cosas fueron creadas *para Él*. Todo lo creado, el mundo visible y el invisible, todo el mundo de los ángeles y el de los hombres – sí,

todo lo ha creado Jesús para Sí mismo. Todo debe servirle a Él y engrandecer su gloria. Los incrédulos no pueden servirle, porque están bajo el poder del maligno. Nuestro privilegio como creyentes es que podemos servirle a Él. ¡Eso es una bendición incomparable! No hablo ahora de cuánto cumplimos esto. No podré olvidar cómo, cuando joven, visité a un hermano anciano en compañía de un amigo. Nos recibió amablemente; sentimos que nos tomaba en serio. Después que hablamos nuestros temas, finalizamos orando. Entonces este hermano anciano oró con las sencillas palabras: “Señor Jesús, te damos gracias porque podemos servirte”. Estas palabras me quedaron grabadas. ¿Alguna vez has dado gracias al Señor porque puedes servirle? Para eso Él te ha redimido.

2.7 Quien sustenta todas las cosas

Hemos visto que Cristo es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación y el Creador mismo. Ahora, aquí está escrito de Él que *“Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten”* (Colosenses 1:17). Esto podría interpretarse como una secuencia en el tiempo, pero también significa que Él supera por mucho

a todas las cosas. El Señor Jesús es infinitamente superior a todo lo creado.

Además todas las cosas existen en el poder de su Persona. Él sustenta todas las cosas por la palabra de su poder (Hebreos 1:3). En este momento, todas las cosas solamente existen porque Él las conserva por su poder y mantiene unidas todas las fuerzas elementales, así como también hizo existir todas las cosas por su palabra: *“Porque Él dijo, y fue hecho; Él mandó y existió”* (Salmo 33:9). Así, en este mismo instante todo debe su existencia a Él. Luego, en Hebreos 1, veremos que la tierra y el cielo actuales se envejecerán y perecerán, sí, como un vestido serán envueltos y serán mudados (Hebreos 1:11-12).

2.8 La cabeza del cuerpo que es la iglesia

Pero Cristo también ocupa el primer lugar en la *nueva* creación: *“Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia”* (Colosenses 1:18). Esta es una gloria que nos concierne personalmente como creyentes. Él es la cabeza de su cuerpo, la iglesia que Él compró con el precio de su sangre. Cuando crees en el Señor Jesús, has sido hecho uno mismo con Él y haces parte de su cuerpo. El carácter especial de esta gloria del Señor está en que está fundada

en su muerte, es la obra de su amor. Esto es lo que hace este aspecto de su gloria tan valioso para nosotros.

Por supuesto que Cristo es la cabeza de toda la creación, la cual Él hizo existir por su palabra. Pero la iglesia es una creación *nueva*, una obra que muestra mucho más de la gloria y sabiduría de Dios que la primera creación. El apóstol escribe en la carta a los efesios, que Dios ha dado a conocer su multiforme sabiduría por medio de la iglesia (Efesios 3:10). Dios ha mostrado su inmensa sabiduría en la creación, pero la multiforme sabiduría de Dios, la corona de su sabiduría, la comenzamos a entender cuando vemos cuánto significa para Dios la iglesia. Dios ha dado a conocer esta sabiduría a todo el mundo de los ángeles; la iglesia está muy exaltada. Eso es porque ella es parte de Cristo: Él es la cabeza, y la iglesia es su cuerpo. Quien pertenece a la iglesia, ha recibido extraordinarias y grandes bendiciones. Estas bendiciones solo pueden ser recibidas por aquellos que han creído, después de la muerte del Señor en la cruz.

El origen o nacimiento de la iglesia tuvo lugar el día de Pentecostés, en el año en que murió el Señor; y su gloriosa culminación, el fin del tiempo de la iglesia de Dios en la tierra, será el arrebatamiento. Entonces vendrá el Señor a llevar a su iglesia a la casa del Padre. Después

no serán añadidas más personas a la iglesia. ¿No deseamos todos que el Señor venga pronto? Pero si aún no conoces al Señor Jesús, no recibirás nunca esta bendición especial de Dios. Por eso, inclínate hoy mismo ante Él, y confíesale tus pecados. Entonces recibirás perdón de pecados y estarás eternamente al salvo del juicio. Además serás parte del cuerpo de Cristo, del cual Él es la cabeza. La estrecha relación entre Cristo y los suyos, y de los creyentes entre sí, estaba oculta desde tiempo eternos. Es “el misterio de Cristo” (Romanos 16:25; Efesios 3:4; Colosenses 4:3).

Pablo escribe en Romanos 6: *“Porque somos sepultados juntamente con Él... a fin de que como Cristo resucitó... así también andemos nosotros en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con Él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección”* (Romanos 6:4-5). Cuando alguien cree en Cristo, Dios le considera como unido indivisiblemente a Cristo. Esto también es así para los creyentes vistos en su totalidad. Juntos forman el único cuerpo de Cristo. Pero en Colosenses 1 no se trata de las glorias y bendiciones de la iglesia. Se trata de la gloria de la cabeza, puesto que los colosenses corrían peligro de perder de vista a Cristo.

En este contexto queremos leer los últimos versos de Efesios 1, que arrojan más luz sobre este tema: *“...la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándolo a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”* (Efesios 1: 19-23). Partiendo de la resurrección de Cristo y su exaltación a la diestra de Dios, Pablo escribe que Dios puso al Hombre celestial como cabeza de todo (el mundo visible y el invisible), y luego lo dio por cabeza a la iglesia. ¡Qué gloria es ésta!

El Señor es entonces la cabeza en dos sentidos:

1. Primeramente es la cabeza sobre todo, sobre el mundo visible y el invisible;
2. También es la cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo.

Eso implica que todo aquel que cree en el Señor Jesús en este tiempo de gracia, tendrá parte en su señorío sobre todas las cosas. Pronto, cuando Cristo reine públicamente sobre todo el universo, nosotros también reinaremos con Él. Cuando Él descienda y sus pies se

posen sobre el monte de los Olivos (Zacarías 14:4) todos los santos vendrán con Él en gloria (1 Tesalonicenses 3:13, 2 Tesalonicenses 1:10). ¿No nos estremecemos ante la expectativa de poder compartir pronto la gloria del Señor Jesús con Él? ¡Él es la cabeza de la iglesia, que está tan íntimamente unida a Él! Esto es un tema que aquí en Colosenses 1:18 solo se menciona; en otros versos se profundiza mucho más.

2.9 El principio, el primogénito de entre los muertos

Ahora sigue otra nueva gloria que el Señor recibió cuando resucitó de entre los muertos: “*..Él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia*” (Colosenses 1:18). Incluso antes que Él resucitase de los muertos, ya habían ocurrido resurrecciones de muertos. Sabemos de tres personas en el Antiguo Testamento que fueron resucitadas: el hijo de la viuda de Sarepta (1 Reyes 17:22), el hijo de la mujer sunamita (2 Reyes 4:35-37), y el hombre que revivió cuando su cuerpo fue arrojado al sepulcro de Eliseo (2 Reyes 13:21). El Señor Jesús mismo resucitó a varias personas: la hija de Jairo (Marcos 5:22-43), el joven de Naín (Lucas 7:11-15), y finalmente Lázaro de Betania (Juan 11:44). Además muchas personas resucitaron

después que murió el Señor (Mateo 27:52-53). Sin embargo, todas estas personas más tarde volvieron a morir; solo regresaron temporalmente a la vida terrenal. El Señor es el primer hombre que resucitó a una nueva vida y seguirá viviendo eternamente. Él es el principio, el primero en el nuevo mundo de la resurrección. También en este sentido Él tiene la prioridad.

Ya hemos visto que el Señor es el “primogénito” de toda la creación, pero que eso no significa que Él haya *nacido* antes del origen de la creación. Aquí encontramos otra confirmación de ello, pues “de la muerte” o “de entre los muertos” no se puede *nacer*. El título “primogénito de entre los muertos” denota su posición prioritaria como Hombre resucitado. Cualquiera que sea el aspecto de su gloria que contemplemos, Él es siempre el Primero y en todo tiene la preeminencia. ¿Puedo preguntarte de forma muy personal, si el Señor Jesús también tiene el primer lugar en tu vida? A medida que Él tenga la prioridad en tu vida, Dios puede bendecirte.

2.10 En Él habita la plenitud de Dios

Una gloria muy especial es expresada por el apóstol de la siguiente manera: “*por cuanto agradó al Padre que en Él habitase toda plenitud*” (Colosenses 1:19). Para comprender

mejor esto, debemos leer también el verso 2:9: *“Porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”*. Ambos versos nos muestran que a toda la plenitud de la Deidad – las tres Personas de la Deidad, esto es, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo – le agradó hacer su morada en el hombre Jesucristo. Nosotros comprendemos muy poco de la plenitud de la Deidad, del secreto de la encarnación de Cristo y del hecho de que la plenitud de la Deidad habitara y todavía habite en Él. Él es Dios y hombre en una sola Persona. Solamente podemos admirar la gloriosa grandeza de su Persona, y rendirle nuestra adoración.

2.11 El que reconcilia todas las cosas

Aún otra gloria del Señor Jesús es que Él también es quien reconcilia todas las cosas. Esto lo leemos en el verso siguiente: *“...y por medio de Él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos”* (Colosenses 1:20). Esto es de nuevo una gloria con la cual estamos muy relacionados, como se muestra en los versos siguientes; porque los salvos pertenecen a aquellos que ahora están reconciliados con Dios (Colosenses 1:21-22).

¿Qué significa la palabra *reconciliación*? Tiene que ver con *expiación*, pero son dos asuntos diferenciados, aunque ambos están presentes en la obra de Cristo por su muerte en la cruz. “Expiación” es el precio que el Señor Jesús pagó en la cruz, mediante el cual Dios puede perdonar los pecados, para que los hombres puedan ser redimidos y salvos. El precio de la redención es la sangre del Señor Jesús. En el Antiguo Testamento leemos “...y la misma sangre hará expiación de la persona” (Levítico 17:11). En cambio, “reconciliación” significa que dos partes entre las cuales existe enemistad, son conciliadas *entre ellas*.

Cuando Adán y Eva cayeron en pecado, se apartaron de Dios. Este distanciamiento llevó a una enemistad entre el hombre y Dios. Dios no se hizo enemigo del hombre, pero el hombre se hizo enemigo de Dios (Romanos 5:10). El hombre veía en Dios a su enemigo. Ese es un problema serio, que encontramos con frecuencia entre las personas y nos causa dolores de cabeza en nuestro trabajo pastoral. En general las personas ven a Dios como un enemigo, si es que todavía piensan en Él. Por eso el apóstol dice: “*Reconciliaos con Dios*” (2 Corintios 5:20). Eso significa, en otras palabras: ¡Haz quitar de tu corazón la enemistad contra Dios! Cuando las personas son reconciliadas con Dios, comprenden que Dios no es

un enemigo, sino que les ama. Con ello la enemistad es vencida. Dios la quita del corazón.

Cuando es necesario reconciliar dos partes enemistadas, con frecuencia se usa un intermediario, un mediador. Eso fue precisamente lo que hizo el Señor Jesús. Él es el único mediador entre Dios y los hombres (1 Timoteo 2:5). Para esto se hizo hombre, y se ocupó de esta enemistad. Pero Él conocía también la santidad y la justicia de Dios, porque Él mismo es Dios. Él juntó a las dos “partes” que para nada se relacionaban: Por un lado el Dios Santo y por el otro el pecador profundamente hundido, en cuyo corazón hasta entonces solo había enemistad contra Dios. El Señor Jesús hizo la reconciliación. Así continúa escribiendo el apóstol: “*Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte*” (Colosenses 1:21-22). Todo aquel que cree en el Señor Jesús está reconciliado con Dios, y el resultado de la reconciliación es *paź con Dios* (Romanos 5:1).

Además, en Colosenses 1:20 leemos que Dios reconciliará todas las cosas (el mundo visible y el invisible) consigo mismo por medio del Señor Jesús. Este momento llegará cuando haya un cielo nuevo y una tierra

nueva (Apocalipsis 21:1). Entonces el cielo y la tierra estarán reconciliados con Dios; entonces no habrá pecado en el mundo visible ni en el invisible. Ese será un mundo maravilloso, y ése es el plan de Dios con la creación. A Dios nada se le sale de control. Su plan será cumplido: *“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva”*. El Señor Jesús no es solo el creador del cielo nuevo y la tierra nueva, sino también aquel quien reconcilia el cielo y la tierra con Dios. ¿Significa esto que todos los hombres y todos los ángeles caídos serán reconciliados con Dios? De ninguna manera. Precisamente Apocalipsis 20 y 21 nos muestran que hay una condenación eterna. Todas las personas que no se quieren reconciliar con Dios, estarán separadas de Dios por toda la eternidad y sufrirán indecibles dolores en el infierno.

Si todavía no conoces al Señor Jesús, te deseo de todo corazón que hoy mismo confieses tus pecados y te reconcilies con Dios. Deja que Él quite la enemistad de tu corazón. Y todos los que conocen al Señor Jesús, pueden saber que Él los ha reconciliado con Dios, que Dios ahora es su Padre y que por toda la eternidad estarán en presencia del Señor Jesús y del Padre. En cambio, la persona que no esté reconciliada con Dios estará condenada por toda la eternidad. ¡Qué contraste! Podemos dar gracias de todo corazón al Señor por

habernos reconciliado con Dios mediante su obra. Meditemos en su gloria y ahondemos en ella. El resultado será que aprenderemos a adorarle.

3. El Hijo es superior a los ángeles

Aspectos de la gloria de Cristo en Hebreos 1

3.1 Introducción

Nos hemos ocupado antes de la gloria del Señor Jesús, como la describe Juan en el primer capítulo de su evangelio. También vimos que el evangelio de Juan y los otros escritos de este apóstol – las tres cartas y el Apocalipsis – están entre los últimos libros de la Biblia, que fueron escritos probablemente entre los años 90 y 95 d.C. También hemos considerado que en ese tiempo estaba en ascenso el gnosticismo, por el cual se difundían enseñanzas erradas sobre la humanidad y la divinidad de Cristo. La respuesta de Dios a estos errores fue inspirar a Juan a describir la gloria del Señor Jesús como el Hijo de Dios.

Luego nos ocupamos con la carta a los colosenses. Los cristianos en Colosas corrían peligro de perder de vista a Cristo como cabeza. Estaban expuestos a peligros de filosofía, gnosticismo, tradiciones humanas, legalismo, regreso a reglas judías, misticismo y ascetismo. ¿Cuál fue la respuesta divina a estos peligros? Pablo les mostró al Señor Jesús en toda la riqueza de su Persona.

En la misma época en que fue escrita la carta a los colosenses, también se escribió la carta a los hebreos. Esta carta está dirigida a los cristianos de entre los judíos. Digo *cristianos* a propósito, porque entre ellos también había personas que solamente habían tomado las formas externas del cristianismo. La carta menciona que estos cristianos sufrían persecución, en especial por parte de sus compatriotas judíos que rechazaban el evangelio. En ese tiempo, estos judíos inconversos eran los enemigos más fuertes del joven cristianismo. Pablo escribe sobre ellos a los tesalonicenses: *“Porque vosotros, hermanos, vinisteis a ser imitadores de las iglesias de Dios en Cristo Jesús que están en Judea; pues habéis padecido de los de vuestra propia nación las mismas cosas que ellas padecieron de los judíos”* (1 Tesalonicenses 2:14). El apóstol continúa nombrando hasta siete cosas negativas de ellos: *“...los cuales mataron al Señor Jesús y a sus propios profetas, y a nosotros nos expulsaron; y no agradan a Dios, y se oponen a todos los hombres, impidiéndonos hablar a los gentiles para que éstos se salven; así colman ellos siempre la medida de sus pecados, pues vino sobre ellos la ira hasta el extremo”* (1 Tesalonicenses 2:15-16). Aquí se ve toda la enemistad judía contra los cristianos. Se puede comprender que quienes no creían de corazón, renunciaban a la confesión cristiana. Y que otros que realmente creían se preguntaban: “¿No será mejor vivir

externamente como judío? ¿No podemos también servir a Dios dentro del judaísmo, en el cual antiguamente también había hombres piadosos?” La carta a los hebreos responde a estas preguntas. El autor dice claramente que regresar al judaísmo es inadmisibles: “Eso no es posible. Su tarea es llevar el desprecio de Cristo y no renunciar a la confesión cristiana, porque ello los llevaría a la destrucción”. Esta era la difícil situación de los destinatarios de la carta, y a la vez el contexto que nos explica su origen.

Los creyentes no sabían entonces que unos años más tarde Jerusalén, e incluso el templo, serían arrasados por los romanos. Con esto Jerusalén dejó de ser el centro religioso del judaísmo. Por eso también el autor, inspirado por el Espíritu de Dios, les dice que deben salir a Cristo *“fuera del campamento”* (Hebreos 13:13). No debían regresar al judaísmo. Ese peligro no es tan grande para nosotros ahora. Sin embargo, podría ocurrir que renunciemos a la fe cristiana y digamos: “Ya fue suficiente, yo me retiro”. ¿Has tenido esa clase de pensamientos? Puede ser que, como cristianos en el mundo, empecemos a experimentar cosas como rechazo y persecución, por lo cual nos desanimamos y queremos desistir. ¿Cómo responde Dios a tales problemas? ¡Él quiere mostrarnos la gloria del Señor Jesús! Quien lleno

de admiración le contempla a Él, está dispuesto a ponerse de su lado en los tiempos difíciles y a compartir su vituperio. Para sobrellevar eso, uno debe estar realmente lleno de Él y encontrar su gozo personal en Él. Sí, debemos verle y admirarle a Él en su gloria. Por eso esta carta comienza con una descripción de las diversas glorias del Señor. Aquí en Hebreos 1 tenemos, en pocos versos, un tesoro de gloria, y realmente vale la pena meditar orando en todos estos aspectos de la gloria de Cristo.

Una palabra todavía acerca de los ángeles, que son nombrados varias veces en este capítulo. Los judíos, con razón, valoraban mucho a los ángeles. En el Antiguo Testamento se nombran con frecuencia. Esteban dice que Dios dio la ley por disposición de ellos (Hechos 7:53, comparar con Gálatas 3:19). Encontramos ya ángeles en Génesis 3, cuando Adán y Eva cayeron en pecado y Dios debió expulsarlos del huerto de Edén; allí el camino al paraíso fue cerrado por querubines y una espada encendida. En Génesis 16 leemos que Agar huyó de su ama, pero el ángel de Jehová la buscó y cuidó de ella. En Isaías 6 leemos cómo Isaías vio al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, rodeado de serafines, cada uno de ellos con seis alas, que clamaban: *“Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos”*. A veces los ángeles son llamados

“hijos de Dios” y “príncipes”. Así podemos nombrar muchos casos en que los ángeles jugaron un papel. Podemos entender que los ángeles ocupaban un sitio importante a los ojos de los judíos, porque también estaban involucrados en la proclamación de la ley en Sinaí. Pero en la carta a los hebreos, el Espíritu de Dios deja claro que la posición del Señor Jesús es infinitamente *superior*.

Todo aquello que pudiera compararse con Él debe ceder. Esto incluye también a los profetas, que se nombran en el verso 1: “*Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo*”. En los tiempos del Antiguo Testamento hubo grandes profetas. Pensemos en Moisés y Samuel, Isaías y Jeremías, y los llamados profetas menores. Y también en los profetas que hablaron en nombre del Señor sin escribir un libro, como Elías y Eliseo. Ellos consagraron sus vidas para servir fielmente a Dios, y Él habló al pueblo de Israel a través de ellos. Pero al final de los días, cuando el Hijo de Dios vino a la tierra, Dios habló por boca de Él. Dios se hizo hombre en la Persona de su Hijo. El Hijo que hablaba, era Dios mismo. Por eso ningún profeta, por más grande que sea y por más importante que fuera su mensaje, puede compararse con el Señor Jesús.

3.2 Siete glorias personales del Señor Jesús

Para mostrar la gloria exaltada de Cristo sobre los profetas y los ángeles, el autor de la carta enumera siete glorias únicas. La *primera* es que Él es el heredero de todas las cosas: “*A quien constituyó heredero de todo*” (Hebreos 1:2). En la creación, Dios ordenó a Adán y Eva sojuzgar la tierra y señorear sobre todos los animales (Génesis 1:28). Pero debido al pecado, la creación está sometida a vanidad, gime y está con dolores de parto (Génesis 3:17, Romanos 8:19-22). Después que el Señor Jesús se hizo hombre y consumó la obra de redención, Dios le constituyó heredero de todas las cosas. Eso no puede decirse de ningún ángel ni de ninguna otra criatura. Por eso está escrito en la carta a los efesios: “*Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra. En Él asimismo tuvimos herencia*” (Efesios 1:9-11). Dios le ha puesto sobre el mundo visible y el invisible, como cabeza sobre todo. Este no es el lugar ahora para entrar en detalle en el hecho de que los creyentes, mediante nuestra comunión con el Señor Jesús, también hayamos recibido una herencia.

La *segunda* gloria es que Él hizo existir el universo: “*Por quien asimismo hizo el universo*” (Hebreos 1:2). Sobre la gloria del Señor Jesús como Creador ya meditamos cuando nos ocupamos de Juan 1:3 y de Colosenses 1:16.

El *tercer* aspecto de la gloria de Cristo es que Él es la imagen o el resplandor de la gloria de Dios: “*el cual, siendo el resplandor de su gloria*” (Hebreos 1:3). Cristo es el Verbo de Dios y la imagen de Dios (Colosenses 1:15). Él es la perfecta revelación de Dios, y por ello en Él se ve resplandecer toda la gloria de Dios. En todo su hablar y su actuar Él mostró la gloria de Dios. Al final de su vida, poco antes de morir, Él dijo a Felipe: “*El que me ha visto a mí, ha visto al Padre*” (Juan 14:9). Él es una Persona divina, al igual que el Padre y el Espíritu Santo. Él ha revelado a Dios en todas sus gloriosas cualidades, en su poder y su sabiduría, en su bondad y su gracia para los perdidos. “*En Él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad*” (Colosenses 2:9, comparar con 1:19).

Por eso Él también es la imagen de la sustancia de Dios; ese es el *cuarto* aspecto de la gloria de Cristo que encontramos aquí. “*...la imagen misma de su sustancia*” (Hebreos 1:3). La palabra “imagen” se refiere a “impronta”, como la huella de un sello en la cera. La imagen impresa corresponde por completo al sello. Así

el Señor Jesús es la imagen de la sustancia, del carácter de Dios mismo. Solo Él podría revelar así a Dios, porque Él mismo es Dios. Juan escribe sobre el carácter y la naturaleza de Dios como *luz* y *amor* (1 Juan 1:5 y 4:8,16). La sustancia de Dios que fue revelada por Cristo, es la sustancia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: luz perfecta y amor perfecto.

Además Él es quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder; ese es el *quinto* aspecto de su gloria en esta porción: “...*quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder*” (Hebreos 1:3). La expresión “la palabra de su poder” es un hebraísmo; también podría traducirse como “su palabra poderosa”. Por tanto, no es que el Hijo de Dios haya creado el universo una vez, y después lo haya dejado seguir existiendo por su cuenta. Él sustenta la creación a cada momento por su palabra, así como una vez la creó por esa misma palabra. En Colosenses 1:17 leemos que “*todas las cosas en Él subsisten*”. ¡Qué incomparablemente grande es nuestro Señor, quien sustenta todas las cosas en la creación! Si pensamos en el poder del pecado y sus consecuencias, esperaríamos que todo estuviera desordenado y fuera de control. Podríamos preocuparnos mucho por eso. Sin embargo, si miramos esta gloria del Señor Jesús, podemos mirar al futuro con confianza y esperanza. Lo que la ciencia llama

“leyes de la naturaleza” en el fondo no son nada distinto a lo que leemos aquí: la manera en que Cristo sustenta y mantiene en existencia todas las cosas. ¡Confiemos en que Él también guiará nuestra vida en todos los detalles, y nos llevará a una meta gloriosa!

El *sexto* aspecto es la purificación de los pecados: “...*habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo*” (Hebreos 1:3). Aquí se habla de la gloria de la obra del Señor en la cruz. ¿Cuál era el propósito de esta obra? ¡Purificarnos de nuestros pecados! Tan incomprensible y grande como es su gloria como creador y sustentador de todas las cosas, aún más glorioso es lo sucedido en la cruz. Allí, Cristo sufrió durante las tres horas de tinieblas y cargó el juicio del abandono de Dios. ¡Esto también es una riqueza de gloria! ¡Con base en esta obra, las personas entenebrecidas en su entendimiento, que vivían en tinieblas y cargados con una enorme culpa, y que merecían el juicio eterno, pueden ser purificadas, únicamente por la fe en Jesucristo y su sangre derramada! Para esto Él se hizo el Cordero de Dios (Juan 1:29,36). Por toda la eternidad le daremos gracias por su obra en la cruz, y adoraremos su gloria que fue revelada allí.

Ahora sigue el *séptimo* aspecto de su gloria, porque Él “*se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas*” (Hebreos 1:3).

Esta es la glorificación del Señor Jesús después de consumir su obra, cuando regresó a su Padre. Esta gloria ocupa un gran lugar en esta carta (comparar Hebreos 8:1, 10:12, 12:2). El hecho de que Él se haya sentado a la diestra de la Majestad en las alturas es la respuesta a la invitación, el llamado de Dios, que proféticamente ya encontramos en el Salmo 110:1. Allí leemos: *“Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”*. Cuando lleguemos al verso 13 de Hebreos 1 trataremos con más profundidad lo que significa que Él esté sentado a la diestra de la Majestad.

3.3 Hecho superior a los ángeles

Después de enumerar todas estas facetas de la gloria de Cristo, el autor de la carta continúa mostrando que el Hijo es *“hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos”* (Hebreos 1:4). Las glorias descritas hasta ahora muestran cómo el Señor está exaltado por encima de los profetas y los ángeles. Para aclarar esto último a sus lectores de origen judío, el autor cita siete pasajes del Antiguo Testamento: seis de ellos en los Salmos y uno en el primer libro de Crónicas.

La *primera* cita es tomada del segundo salmo, que habla acerca del Mesías, el ungido Rey de Israel: *“Porque a cuál*

de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú; yo te he engendrado hoy?” (Salmo 2:7; Hebreos 1:5). Como hemos visto antes, el Señor es presentado en este salmo como el Hijo, y como Rey de Israel. En dos sentidos Él es el Hijo de Dios. Por un lado, Él es “*el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre*” (Juan 1:18); esta es su condición eterna de Hijo. Por otro lado Él también es el Hijo de Dios, engendrado por el Espíritu Santo en la virgen María, de quien nació como hombre. En este sentido Él fue “engendrado”, porque nació como hombre en la tierra. Si solamente tuviéramos este verso, pensaríamos que el Señor Jesús tuvo un principio como Hijo. Nada es tan errado como esta conclusión. Como Hijo eterno Él no tuvo principio, pero sí tuvo un comienzo como Hijo en la tierra. En este salmo, el Señor Jesús es reconocido por Dios como su Hijo. Es cierto que los ángeles a veces son llamados “hijos de Dios” en el Antiguo Testamento (ver Job 1:6, 2:1 y 38:7), pero Dios nunca se ha dirigido a un ángel en particular como su Hijo. Esto solo se aplica al Señor Jesús, quien se hizo hombre.

En la *segunda* cita, tomada de 1 Crónicas 17, vemos a Jesús como el Hijo del Padre: “*Y otra vez: Yo seré a él Padre, y él me será a mí Hijo*” (1 Crónicas 17:13, Hebreos 1:5), Este pasaje es parte de la respuesta que recibió David a su deseo de construir una casa para el Señor. Por medio

del profeta Natán, Dios le hizo saber que esto no lo haría David, sino su hijo Salomón: *“Él me edificará casa, y yo confirmaré su trono eternamente. Yo le seré por padre, y él me será por hijo; y no quitaré de él mi misericordia, como la quité de aquel que fue antes de ti; sino que lo confirmaré en mi casa y en mi reino eternamente, y su trono será firme para siempre”* (1 Crónicas 17:12-14). Estos versos nos muestran que Dios deseaba tener una relación especial con Salomón. Aunque era hijo de David, Dios quería recibirlo como su propio hijo. El significado profundo de estas palabras está en que muestran la relación que tiene Dios con el Señor Jesús, de quien Salomón es una sombra. ¡Cuán íntima y maravillosa es la relación entre Dios el Padre y Dios el Hijo! La relación de Cristo con Dios es única, aun cuando otros después sean llamados “hijos de Dios”, como también lo es todo aquel que ahora cree en el Señor Jesús.

El *tercer* argumento del autor proviene del Salmo 97, que exhorta a los potentados terrestres y celestiales a postrarse ante el único Dios verdadero y su Ungido: *“Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: adórenle todos los ángeles de Dios”* (Salmo 97:7; Hebreos 1:6). Una vez Dios introdujo al Primogénito en el mundo, cuando se hizo hombre. Esa vez todos los ángeles le adoraron. Se admiraron de que su Creador estuviera allí,

acostado en un pesebre. Siguieron con atención el camino del Señor Jesús aquí en la tierra, y vieron cómo moría en la cruz. Los ángeles lo contemplaron con adoración. Y le adorarán otra vez, cuando el Primogénito sea introducido nuevamente en el mundo, y comience el reino de paz. También entonces todos los ángeles le adorarán como el Hijo amado, el primero y más alto de todos los reyes de la tierra.

¿Cuántos ángeles puede haber? El libro de Apocalipsis nos da una idea de ello: “*Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones*” (Apocalipsis 5:11). Su máxima vocación es la de adorar a su Creador. Pero estos ángeles no tienen una relación íntima con Él, como la podemos tener nosotros como hijos de Dios: una relación de amor. Cada creyente individual ha sido puesto en una relación muy personal con el Señor. Aquí, la mayor relación es la adoración del Primogénito: *todos* los ángeles deben adorarle. Ellos lo han hecho, y lo harán en el futuro. ¿Nosotros también conocemos tales momentos de adoración personal y colectiva? Entre ellos también están los momentos de silencio en las reuniones de la asamblea. Estos son descansos que no tienen por qué ser incómodos. Sin embargo, la adoración personal es un requisito indispensable para el culto, para la

adoración colectiva. ¿Tenemos tales momentos en que decimos: “Señor Jesús, tú eres tan grande, no puedo comprenderlo”? Si todos los ángeles de Dios le deben adorar, cuánta más razón tenemos nosotros para hacerlo. El Señor Jesús dijo a la mujer junto al pozo de Jacob: “...*los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren*” (Juan 4:23). La adoración de Dios y del Señor Jesucristo es el mayor gozo para un creyente, su mayor felicidad.

En la *cuarta* cita se hace énfasis en el servicio de los ángeles, frente a la superioridad del Hijo: “*Ciertamente de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego*” (Salmo 104:4; Hebreos 1:7). Precisamente en la mitad de su discurso, el autor cita este texto del Salmo 104, que es un canto de alabanza a Dios y a su creación. Allí también se nombra de paso a los ángeles. Por más exaltados que sean, comparados con el Creador son solo espíritus y llamas de fuego (que es su apariencia visible exterior). Los ángeles son siervos que hacen su voluntad, y en todo momento están prestos a servir al Señor Jesús. Esperan la orden del Él para cumplir sus tareas. El Señor los emplea para bendición de los hombres (Hebreos 1:14) o para ejecutar sus juicios.

3.4 Cristo reconocido como Dios

Ahora viene la *quinta* cita, que muestra el gran contraste con la posición del Hijo: *“Mas del Hijo dice: tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino. Has amado la justicia, y aborrecido la maldad, por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros”* (Salmo 45:6-7, Hebreos 1:8-9). La palabra “mas” refuerza nuevamente la diferencia entre los ángeles y el Hijo de Dios. Antes de profundizar sobre estos versos, queremos leer el comienzo de este salmo: *“Rebosa mi corazón palabra buena; dirijo al rey mi canto; mi lengua es pluma de escribiente muy ligero. Eres el más hermoso de los hijos de los hombres; la gracia se derramó en tus labios; por tanto, Dios te ha bendecido para siempre. Ciñe tu espada sobre el muslo, oh valiente, con tu gloria y tu majestad. En tu gloria sé prosperado”* (Salmo 45:1-4). No es difícil ver que estos versos se refieren proféticamente al Mesías. Pero cuando llegamos a las palabras del verso 6: *“Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre; cetro de justicia es el cetro de tu reino”* podríamos pensar que no se refiere al Mesías sino a Dios mismo.

En este punto quisiera dar un consejo para el estudio bíblico. Cuando en el Nuevo Testamento se citan pasajes del Antiguo Testamento, debemos buscarlos y fijarnos en el contexto. Todos conocemos estos versos del salmo

45, pero cuando son citados en el Nuevo Testamento, el Espíritu Santo lo hace con el propósito de arrojar más luz sobre el pasaje. ¿Quién hubiera pensado que el salmista se dirigía al Mesías en los versos 6 en adelante? Lo sabemos por Hebreos 1:8, donde leímos: *“Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino”*. ¡Aquí se le habla al Mesías como Dios! Nosotros estamos familiarizados con la idea que el Señor Jesús es Dios, pero para los judíos de entonces este verso era la prueba de la Escritura de que Él es Dios – *Elohim*, el Dios soberano, el creador del universo.

El trono del Mesías está establecido desde la eternidad hasta la eternidad, y el cetro de justicia es el cetro de su reino. Eso nos lleva al reino milenial de paz. Cuando el Señor asuma su reinado público, reinará en justicia sobre la tierra. Las palabras *“has amado la justicia y aborrecido la maldad”* se cumplieron durante la vida del Señor en la tierra. Y en su resurrección de entre los muertos, nosotros fuimos unidos a Él como sus hermanos: *“...por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros”* (Hebreos 1:9). ¡Qué alegría para los compañeros del Señor Jesús, que le podamos conocer y nuestros ojos estén abiertos al hecho de que Él es el Dios eterno! El autor deja claro que aquellos que creen en Cristo en este tiempo, son participantes del llamamiento

celestial (Hebreos 3:1). ¡Qué gozo para estos compañeros, que el Señor esté en medio de ellos, “*el más hermoso de los hijos de los hombres*”! Dios le ha glorificado a su diestra y le ha ungido con óleo de alegría más que a sus hermanos. ¡Y qué gozo para Él mismo! Estar en medio de sus hermanos es una alegría muy especial para Él. Aquí no solo me refiero a las reuniones de los creyentes, sino a cada ocasión en la cual el Señor Jesús es el centro. Él desea que nosotros compartamos su gozo.

3.5 Tú eres el mismo

El *sexto* pasaje que confirma la grandeza del Hijo es el siguiente: “*Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permaneces; y todos ellos se envejecerán como una vestidura, y como un vestido los envolverás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán*” (Salmo 102:25-27; Hebreos 1:10-12). En primer lugar, estos versos nos hablan del hecho de que Cristo es el Creador de la tierra y de los cielos. En segundo lugar, la creación y el Creador son contrastados: la creación perecerá, pero Él permanece y sus años no tendrán fin.

¿Qué significa que el cielo y la tierra perecerán? Que la tierra sea destruida, lo podemos comprender, porque

está manchada por el pecado. ¿Pero porqué también el cielo? Porque el cielo también está contaminado en parte por el pecado. Satanás aún tiene acceso a los lugares celestiales. En Job 1 y 2 leemos cómo él se presenta ante Dios en medio de los ángeles. Por Apocalipsis 12 sabemos que al comienzo de la segunda mitad de la última semana de años de Daniel – la Gran Tribulación – habrá una gran batalla en el cielo, entre el arcángel Miguel por un lado y el diablo y sus ángeles (los demonios) por el otro. Ese es el momento en que Satanás será arrojado a la tierra. Entonces sabrá que le queda poco tiempo (tres años y medio) porque después será encerrado en el abismo por mil años (Apocalipsis 20:1-3). Después de esos mil años será lanzado para siempre en el lago de fuego (Apocalipsis 20:10). Entonces el Señor purificará el cielo de forma definitiva, porque creará uno nuevo: *“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más”* (Apocalipsis 21:1). Aquí en Hebreos 1 dice que todo lo creado, el cielo y la tierra, perecerá y será mudado. Eso responde a la pregunta frecuente, si el cielo y la tierra serán destruidos por completo, y serán reemplazados por un cielo y una tierra completamente nuevos. El cielo y la tierra huirán, pero a la vez serán mudados. Es tal como ocurre con un creyente: Al momento de su conversión

es hecho un hombre completamente nuevo, pero a la vez sigue siendo la misma persona. Es una nueva creación en Cristo, totalmente cambiado. Así también ocurrirá con el cielo y la tierra. Todo lo que recuerda al pecado será quitado por completo. El Señor no solo es el creador del cielo y de la tierra, también los creará de nuevo, haciendo un cielo nuevo y una tierra nueva.

Miremos este salmo con más atención. La introducción es: *“Oración del que sufre, cuando está angustiado, y delante de Jehová derrama su lamento”* (Salmo 102:1). ¿Quién es este angustiado, si no el Mesías sufriente? La descripción de su horrible sufrimiento continúa: *“Porque mis días se han consumido como humo, y mis huesos cual tizón están quemados. Mi corazón está herido, y seco como la hierba, por lo cual me olvido de comer mi pan”* (Salmo 102:3-4). El ardor de los huesos nos hace pensar en una fiebre alta, y la comida en esos momentos para el Señor no era de ningún interés. *“Soy semejante al pelícano del desierto; soy como el búho de las soledades; velo, y soy como el pájaro solitario sobre el tejado”* (Salmo 102:6-7). Aquí hallamos una descripción de la soledad del Señor. *“Cada día me afrentan mis enemigos; los que contra mí se enfurecen, se han conjurado contra mí. Por lo cual yo como ceniza a manera de pan, y mi bebida mezclo con lágrimas”* (Salmo 102:8-9). En su dolor, el angustiado bebe y sus lágrimas caen en su bebida.

Aquí no se refiere al sufrimiento redentor del Señor en la cruz, sino al hecho de que Él sufrió de manera indecible durante su vida en la tierra. Fue rechazado por los hombres, a la vez que se hacía parte de la aflicción y la necesidad de su pueblo. Él llevó esta aflicción sobre sí mismo, y estaba completamente solo. Supo que su aflicción era *“a causa de tu enojo y de tu ira; pues me alzaste, y me has arrojado”* (Salmo 102:10). ¡Cómo exaltó Dios al comienzo a su Mesías en medio del pueblo de Israel! Dios fue glorificado muchas veces por todo lo que hacía el Mesías. Había días en que sanaba centenares de personas. Él hablaba la palabra de Dios, y el pueblo le escuchaba atento. Pero entonces aumentó la enemistad de los dirigentes judíos. Tras de todo ello, en última instancia estaba Dios, quien arrojaba nuevamente a su Mesías. Al final le oímos decir proféticamente: *“Mis días son como sombra que se va, y me he secado como la hierba”* (Salmo 102:11). Su vida llegaba a su fin, su fuerza estaba disminuida. El Señor se había dedicado por completo al servicio de Dios, y el celo por su casa le había consumido (Juan 2:17).

Y ahora, en este salmo vemos un diálogo entre el Mesías despreciado y Aquel que lo envía, diálogo en que el Mesías pone su confianza en el Dios eterno: *“Mas tú, Jehová, permanecerás para siempre, y tu memoria de generación en*

generación” (Salmo 102:12). En este diálogo Dios finalmente muestra a su Ungido como creador y como “Señor”, como el Eterno que permanece para siempre, aunque sus días sobre la tierra llegaran a su fin (Salmo 102:25; Hebreos 1:10-12). En el verso 13 se expresa primero la esperanza de que Dios se levante y se compadezca de Sion: ¡Dios, ten misericordia de Jerusalén, de Sion, de tu pueblo terrenal! En los versos 15 a 22 sigue una descripción de la gloria del reino milenial de paz, que termina con las palabras “...cuando los pueblos y los reinos se congreguen en uno para servir a Jehová” (Salmo 102:22). Ese será un tiempo glorioso, que a mí – si no estuviera ya en el cielo – me gustaría vivirlo en la tierra: *todos* los pueblos servirán al Señor. ¿No es incomprendible? Luego el salmista retrocede de nuevo en el tiempo y nos recuerda que toda la bendición del reino de paz solo es posible porque el Señor *sufrió*. Le escuchamos decir proféticamente: “Él debilitó mi fuerza en el camino; acortó mis días. Dije: Dios mío, no me cortes en la mitad de mis días” (Salmo 102:23-24). El tiempo de vida humano se establece en la Biblia como de 70 o 80 años (Salmo 90:10); en promedio 75 años; la mitad de esto es algo más de 37 años. Aquí el Mesías se dirige a Dios cuando tiene 33 años, casi en la mitad de sus días. Es como si dijera: “¿No te he servido? ¿He hecho algo que te desagradara?

¡Entonces no me quites a la mitad de mis días!” Si alguna vez existió una persona que pudiera orar así a Dios, que no le hiciera morir antes de su tiempo, fue el Señor Jesús. ¡Dios había prometido una larga vida a quien cumpliera la ley en todo y le sirviera a Él!

¿Podemos ver su angustia aquí? Muchas veces somos indiferentes cuando leemos que Él *“comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera”* (Mateo 26:37). Cuando el Señor miraba a su alrededor, solo veía sufrimiento. Sabía que tenía que morir en la cruz. No era solamente el dolor físico de la crucifixión, sino sobre todo el padecimiento por los pecados que Dios pondría sobre Él. Esta perspectiva le oprimía como una pesada carga. Él cargaría con todos los pecados de aquellos quienes creerían en Él. Por eso podemos entender que en Marcos 14 dijera: *“Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparte de mí esta copa”*. Pero añadió: *“no lo que yo quiero, sino lo que tú”*. Así, Él oró estas palabras: *“...aparta de mí esta copa”* (Marcos 14:36) y también *“...no me cortes en la mitad de mis días”* (Salmo 102:24).

¿Y cuál es la respuesta de Dios a esta oración? Es la siguiente: *“Por generación de generaciones son tus años; desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás; como un vestido los*

mudarás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán” (Salmo 102:24-27). Si no tuviéramos Hebreos 1, no sabríamos que aquí Dios se dirige al Mesías.

En el verso 27 Dios dice al Mesías: “*Pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán*”. Eso significa que Dios le habla al Señor Jesús como el Eterno, que no tiene comienzo ni fin. Él también es el creador del cielo y de la tierra, que son obra de sus manos. Ésa es la respuesta de Dios a su Hijo: ¡Incluso en la mayor aflicción, le reconoce como el *Eterno!* Pienso que los lectores de esta carta sintieron latir su corazón con más fuerza al leer estas palabras. Deseo lo mismo para ti y para mí, que la gloria del Señor Jesús se haga más grande para nosotros al leer este salmo, que habla de Él. ¡Cuánta gloria podemos encontrar en esta cita del salmo 102 en Hebreos 1:10-12!

3.6 Siéntate a mi diestra

La *séptima* cita es tomada del conocido salmo mesiánico sobre el Rey Sacerdote: “*Pues ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?*” (Salmo 110:1; Hebreos 1:13). El salmo 110 es especial, porque es el salmo más citado en el Nuevo Testamento; también es especial porque en él se presenta al Señor Jesús exaltado a la diestra de Dios.

Los intérpretes de la ley tenían un problema con este salmo. Cuando el Señor estaba enseñando en el templo, la última semana antes de su muerte, relató al pueblo la parábola de la viña y los labradores injustos. Algunos fariseos le tentaron preguntándole si era lícito dar tributo a César. Y los saduceos se burlaban de la resurrección. A ellos les dijo entonces el Señor: *“Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios”* (Mateo 22:29). Después llegó un intérprete de la ley para hacerle una pregunta al Señor sobre el gran mandamiento. El Señor pudo decirle que no estaba lejos del reino de Dios (Marcos 12:34). Luego que todos esos grupos de personas habían dicho algo, el Señor le preguntó a los fariseos lo siguiente: *“¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David. Él les dijo: ¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?”* (Mateo 22:41-45). A esa pregunta no tenían respuesta.

Aquí aparecen tres preguntas que ocupaban a los intérpretes de la ley:

1. ¿Cómo podía decir David en el salmo 110: *“Jehová dijo a mi Señor”*? Sabían que este salmo se refería al Mesías. El

Mesías sería un descendiente de David. Entonces, ¿cómo David podía referirse al Mesías como *su Señor*?

2. La segunda pregunta que no podían resolver era: ¿Cómo el Mesías puede sentarse a la diestra de Dios, si será el Rey de Israel acá en la tierra?

3. La tercera pregunta era: ¿Cómo el Mesías puede esperar hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies?

Con su pregunta, el Señor puso a descubierto la ignorancia de los intérpretes de la ley; ellos no pudieron responderle nada. La causa de esa ignorancia era su incredulidad, su rechazo hacia el Señor. Si ellos hubieran venido con sus dudas humildemente a Él, Él les hubiera dado la respuesta. Él hubiera abierto sus ojos ciegos para su gloria. La respuesta a todas sus preguntas estaba aquí, en que el Mesías debía morir y resucitar de la muerte, y que Dios le glorificaría a su diestra en el cielo. Esa es la respuesta a las tres preguntas. Él no era solo el hijo de David, sino también el Hijo de Dios, y por tanto el *Señor* de David.

El Mesías iba a ser exaltado por Dios a su diestra, una vez hubiera consumado la obra en la cruz. Dios incluso le pondría como cabeza sobre todas las cosas, y le daría toda la gloria posible. Él ha heredado un nombre que es

sobre todo nombre, un nombre admirable. Él ha recibido esta gloria con base en su padecimiento y su muerte. Y ahora espera allá arriba, hasta que Dios haya puesto a sus enemigos por estrado de sus pies. Dios le glorificará ante los ojos de todo el mundo (comparar Filipenses 2:10-11). Pero antes que eso ocurra – no lo olvidemos – el Señor vendrá para llevar su iglesia a casa. Más que todos los creyentes juntos, Él anhela ese momento. Él quiere tenerte a ti y a mí consigo en la casa de su Padre, para poder mostrarnos su gloria: *“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo”* (Juan 17:24). ¡Que llegue pronto el momento cuando Él descienda desde su gloria para llevarnos consigo, y luego glorificar de nuevo a Dios!

3.7 Los ángeles son espíritus ministradores

Para terminar, aquí se escribe sobre los ángeles: *“¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?”* (Hebreos 1:14). Los ángeles son y siguen siendo *siervos*. En este tiempo sirven a los creyentes que están en camino a la meta: la salvación nombrada acá es la gloria eterna. Dios cuida de que

lleguemos a la gloria y la heredemos. Para ello emplea a sus siervos, los ángeles. Lo repito: cuando comparamos estos ángeles con el Señor Jesús, la excelsa perfección del Señor se hace aún más evidente. Él realmente tiene la preeminencia en todo.

Oremos al Señor que Él tenga de nuevo el primer lugar en nuestro corazón, y que Él sea hecho muy grande para nosotros. Quizá este libro te anime a buscar más la palabra de Dios. Ponte en busca de las glorias del Señor Jesús y llena tu corazón con ellas. Si Él se hace más grande para ti, también notarás que vas a esperarle más, y a anhelar que Él regrese: *“Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven”* (Apocalipsis 22:17). Queremos orar a Él: “Señor Jesús, ven; deseo tanto estar contigo. Quiero ver tu gloria, para que pueda darte gracias y adorarte mejor por todo lo que Tú eres y Tú has hecho”.

4. El Hijo del Hombre que está en medio de los candeleros

Aspectos de la gloria de Cristo en Apocalipsis 1

4.1 Introducción

Hasta ahora nos hemos ocupado de diversos aspectos de la gloria del Señor Jesús, como se presentan en Juan 1, Colosenses 1 y Hebreos 1. Ahora deseamos meditar sobre la gloria del Señor Jesús como Juez, según Apocalipsis 1. Juan vio al Señor Jesús como Juez en medio de los siete candeleros, que representaban siete iglesias en Asia. Cuando le vio en este carácter, cayó como muerto a sus pies (Apocalipsis 1:17). Así nunca le había visto todavía. Es cierto que había estado en el monte de la transfiguración, junto con Pedro y Jacobo, donde había visto al Señor en su gloria futura como Rey (Mateo 17:1,8; 2 Pedro 1:16-17). Pero esta aparición terrible como Juez era muy distinta a la manera como le había conocido durante su vida en la tierra, como el humilde Hijo del Hombre.

Cuando Juan hubo caído como muerto a sus pies, Él puso su diestra sobre él y le dijo que no temiera. Se

presentó a Juan como el Resucitado, y como aquel que tiene las llaves de la muerte y del Hades (Apocalipsis 1:18). ¡Qué bueno conocer al Señor como aquel que murió por nosotros, aquel por quien hemos recibido el perdón de pecados! También podemos conocerle como el Resucitado. Dios ahora nos ve como personas que han sido justificadas (Romanos 4:25). Dios nos ve como aquellos que han sido hechos uno con Cristo. Cuando Él venga como Juez a juzgar al mundo, nosotros vendremos con Él y también juzgaremos. Estaremos alrededor de su trono, y también nos sentaremos en tronos (Apocalipsis 4).

4.2 Uno semejante al Hijo del Hombre

Ya hemos meditado antes acerca del título *“el Hijo del Hombre”*. La palabra “semejante” en Apocalipsis 1:13 no significa que se pareciera, sino “el mismo” o “nadie menos que”. Por una parte este nombre se refiere al Señor despreciado, al humilde Salvador que se hizo hombre y nació de una mujer. Este nombre aparece por primera vez en el Nuevo Testamento en relación al rechazo del Señor por su pueblo: *“Jesús le dijo: Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza”* (Mateo 8:20). Pero por otra

parte, en este evangelio leemos acerca de Él como el Hijo del Hombre, quien regresará con poder y gran gloria para juzgar al mundo (Mateo 24:30). Su venida será *“como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente”* (Mateo 24:27).

Como Hijo del Hombre, el Señor reinará sobre todo el universo, porque por parte del Anciano de días le será dado dominio eterno (Salmo 8; Daniel 7:13-14). Él mismo ya había dicho que el Padre le había dado autoridad para juzgar: *“Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre”* (Juan 5:26-27). El apóstol Pablo predicó en Atenas, que un Hombre juzgará al mundo con justicia: *“Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos”* (Hechos 17:30-31).

Sin embargo, en Apocalipsis 1 Juan no ve al Señor Jesús sentado en el trono, sino caminando en medio de los candeleros de oro. Los siete candeleros son una imagen de las siete iglesias, como las hallamos en Apocalipsis 2 y 3. Las siete iglesias nos muestran proféticamente la

historia de la iglesia en la tierra en los casi dos mil años de su existencia. Pensemos entonces que primeramente vemos al Señor Jesús como Juez en conexión con su iglesia. Cuando Dios juzga, el juicio comienza por la casa de Dios (1 Pedro 4:17). Nos gusta pensar en los privilegios que trae el estar unidos como creyentes en un solo cuerpo, del cual Cristo es la cabeza. ¿Pero somos conscientes de que el Hijo del Hombre, como Juez, continuamente prueba a cada cual que se llama cristiano? Sabemos que el mal ha penetrado en el cristianismo. El Señor afirma que todo el cristianismo será invadido progresivamente por enseñanza falsa. Esto lo mostró en su parábola sobre la levadura: *“El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado”* (Mateo 13:33).

Cuando consideramos al Señor Jesús en su sublime gloria como Juez, ello tiene un efecto santificador sobre nosotros. En esa manera queremos verle en los próximos párrafos.

4.3 Vestido de una ropa que llegaba hasta los pies

En Israel, el rey era a la vez el juez supremo. De acuerdo con los pensamientos de Dios, el Señor Jesús además de Rey también es el Sumo Sacerdote de su pueblo

(comparar Zacarías 6:13; Salmo 110:1,4). Una primera indicación de ello la encontramos en Melquisedec, quien salió al encuentro de Abraham después de la batalla: *“Entonces Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo, sacó pan y vino”* (Génesis 14:18). Melquisedec era tanto rey como sacerdote del Dios Altísimo.

El sumo sacerdote llevaba una túnica de lino, y también un manto (Éxodo 28:31,39). La túnica, el vestido interior, estaba hecha de lino blanco; el manto exterior era azul. La túnica blanca nos indica la perfecta pureza del Señor Jesús; el manto azul nos muestra su origen celestial y el hecho de que ahora ejerce su sacerdocio en el cielo. Entre las tareas diarias del sumo sacerdote estaba limpiar el candelero y llenarlo de aceite, y asimismo quemar incienso en el altar del incienso (Éxodo 30:7-8).

De este modo el Señor anda en medio de los siete candeleros. Él prueba la condición de las iglesias, si están en acuerdo con su llamamiento celestial. En relación a esto queremos hacernos algunas preguntas:

1. Los candeleros son de oro, una imagen de la gloria divina. ¿Reflejamos nosotros la gloria de Dios y del Señor Jesús en este mundo?
2. Los candeleros irradian luz. ¿Esta luz puede verse brillar dentro y a través de nosotros, como también brilló

en el Señor Jesús mismo (comparar Juan 8:12, Mateo 5:14)?

3. Estamos en comunión con un Sumo Sacerdote que lleva una túnica blanca. ¿Vivimos de acuerdo con su pureza y santidad?

4. El sumo sacerdote también llevaba un manto azul, que mostraba su origen celestial. Nosotros, como iglesia de Dios, también tenemos un llamamiento celestial. ¿Eso puede verse en nosotros, y esperamos de los cielos al Hijo de Dios (1 Tesalonicenses 1:10, Filipenses 3:20)?

Una cosa es gozarnos en todas las glorias del Señor Jesús, pero otra cosa es reflejar en nosotros esas glorias y llevar una vida santa.

4.4 Ceñido por el pecho con un cinto de oro

El sumo sacerdote llevaba un cinto de oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido (Éxodo 28:8). El cinto que vemos en Apocalipsis 1 es de oro, que indica la gloria divina del Señor Jesús, como será vista en el juicio. Cuando Dios se revela a sí mismo, a la vez es *glorificado*, porque todo lo que se relaciona con su Persona es *gloria*. Esto también es así en el juicio. La santidad y justicia de Dios son parte de su gloria, tanto como su amor, gracia y misericordia.

Ambos aspectos ya se veían en las palabras que Dios habló a Moisés cuando pasó por delante de él: *“Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación”* (Éxodo 34:6-7).

En Apocalipsis 1 el cinto ciñe el pecho, no los lomos. Los lomos ceñidos indican servicio (Lucas 12:35); en cambio, el pecho ceñido señala la posición alta y sublime del Juez. También los siete ángeles que tienen las siete plagas están ceñidos alrededor del pecho con cintos de oro (Apocalipsis 15:6). Cuando el Señor Jesús juzgue, no lo hará apresuradamente, sino tras un tiempo de gran paciencia y misericordia. Él hará juicio cuando ya no haya esperanza alguna de arrepentimiento.

Entonces Dios será glorificado en el juicio, como también lo han dicho los profetas:

“Pero Jehová de los ejércitos será exaltado en juicio, y el Dios Santo será santificado con justicia” (Isaías 5:16).

“Y dirás: Así ha dicho Jehová el Señor: He aquí yo estoy contra ti, oh Sidón, y en medio de ti seré glorificado; y sabrán que yo soy

Jehová, cuando haga en ella juicios, y en ella me santifique” (Ezequiel 28:22).

Por otra parte, el Señor Jesús en el juicio también muestra gracia y misericordia, porque el cinto también encierra su corazón. Mediante el juicio se hará claro quiénes son los justos y quiénes los impíos:

“Entonces os volveréis, y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve” (Malaquías 3:18).

“Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama. Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación” (Malaquías 4:1-2).

Un glorioso resultado de estos juicios será que los moradores de la tierra aprenderán justicia (Isaías 26:9). Otro resultado positivo será: *“No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar”* (Isaías 11:9; comparar con Habacuc 2:14).

4.5 Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana

El Señor Jesús no es solo el Hijo del Hombre, o sea hombre verdadero, sino que también posee el carácter de la gloria divina. ¡Él es el Dios eterno! Esto lo vemos al comparar Apocalipsis 1 con Daniel 7:13, donde leemos: *“Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él”*. El “Anciano de días” de cabello blanco es el Dios eterno (Daniel 7:9). ¡Pero esta característica se menciona del Señor Jesús en Apocalipsis 1! El cabello blanco simboliza la dignidad y la sabiduría de una alta edad (comparar Levítico 19:32; Proverbios 16:31; Proverbios 20:29). A la vez es una imagen de pureza perfecta.

El gran misterio de la Persona de Cristo es que Él se hizo completamente hombre, con un cuerpo, una mente y un espíritu humano; y a la vez Él es Dios desde la eternidad, que no tuvo comienzo. Cuando alguien “como un hijo de hombre” se acerca ante el Anciano de Días, pensaríamos que en el Anciano de días vemos al Padre, pero esa interpretación no corresponde con el sentido real de este verso. El Señor Jesús es el Dios eterno y también el perfecto Hombre en una sola Persona.

¿Quién puede explicar eso? ¡Nadie! Eso hace parte del misterio de su maravillosa Persona. Nos inclinamos ante Él y le adoramos. ¿Cómo podemos comprender que en la cruz el Señor Jesús, al final de las tres horas de oscuridad, haya exclamado: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*” (Mateo 27:46). ¿Luego en esos momentos Él no era Dios? Naturalmente que sí lo era. Tampoco es una buena explicación decir que el Hijo fue desamparado por el Padre. Eso no lo dice la Escritura. También aquí guardamos silencio y nos inclinamos ante el Señor Jesús, el Dios eterno, quien se hizo el Salvador del mundo al llevar nuestros pecados como hombre y ser desamparado por su Dios.

4.6 Sus ojos como llama de fuego

En dos lugares de los evangelios leemos sobre los ojos del Señor Jesús. En ambas ocasiones Él levantó sus ojos al cielo, orando: “*Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído*” (Juan 11:41). Y también: “*Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti*” (Juan 17:1). Ambas veces Él ora a su Padre. En el primer caso ora por la

resurrección de Lázaro, en la segunda ocasión por los discípulos a quienes dejaría en este mundo. Pero aquí en Apocalipsis 1, Juan ve sus ojos como *llama de fuego*. En las Escrituras, el fuego habla de juicio. “*Nuestro Dios es fuego consumidor*” (Hebreos 12:29). El fuego aparece al menos 16 veces en el Apocalipsis, quemando y convirtiendo en cenizas todo aquello que no puede existir ante los ojos de Dios. El lugar más terrible es el lugar de condenación, el lago de fuego y azufre con el castigo eterno: la muerte segunda (Apocalipsis 14:10; 20:10; 20:14-15; 21:8).

El Señor Jesús prueba hoy la condición de la cristiandad, como podemos ver en Apocalipsis 2 y 3. En el futuro, Él juzgará toda la tierra, y por así decirlo, quemará todo lo que no concuerde con la santidad de Dios. Nada está oculto a sus ojos: “*Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta*” (Hebreos 4:13). ¿Somos conscientes de que el Señor Jesús no solo está siempre con nosotros, sino también ve todo lo que hacemos, pensamos y decimos? ¿Él puede complacerse en nosotros? “*Jehová está en su santo templo; Jehová tiene en el cielo su trono; sus ojos ven, sus párpados examinan a los hijos de los hombres*” (Salmo 11:4). Felizmente, en otro lugar también está escrito: “*Porque los ojos de Jehová contemplan*

toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él” (2 Crónicas 16:9).

4.7 Sus pies semejantes al bronce bruñido, resplandeciente como en un horno

El bronce es un símbolo de la justicia divina. Eso ya lo vemos en el altar del holocausto, que estaba hecho de madera de acacia recubierta de bronce. Por ello, el altar es una imagen del Señor Jesús en su humanidad. El altar era a prueba de fuego, porque estaba recubierto de bronce. Así el Señor Jesús pudo mantenerse ante el poder del fuego (una imagen de la santidad y justicia de Dios) porque Él es perfectamente puro y santo.

Cuando el Señor se manifieste como Juez, todos verán que Él es el Juez perfectamente justo (comparar Génesis 18:25). Cuando sus pies pisen la tierra, Él no se contaminará con el mal, aunque toda la tierra esté llena de maldad. Como Juez, Él será inflexible en relación con la maldad, en perfecta armonía con la santidad de Dios.

4.8 Su voz como estruendo de muchas aguas

La voz del Juez es llena de majestad y se compara con el estruendo de enormes masas de agua. Las aguas nos recuerdan el juicio que vino sobre la tierra en el tiempo de Noé, por cuarenta días y cuarenta noches, hasta que estuvo completamente cubierta por el agua (Génesis 6 a 8). Así como la voz del Señor Jesús sanó a muchas personas en sus días en la tierra, les concedió el perdón de pecados, les anunció el reino de Dios y animó a los desalentados, así Él pronunciará pronto un juicio inescapable. Todos tendrán que reconocer la perfección de su juicio (comparar con el juicio de Salomón en 1 Reyes 3).

En el salmo 29, David describe la voz del Señor de la siguiente forma:

1. Voz de Jehová sobre las aguas;
2. Voz de Jehová con potencia;
3. Voz de Jehová con gloria;
4. Voz de Jehová que quebranta los cedros;
5. Voz de Jehová que derrama llamas de fuego;
6. Voz de Jehová que hace temblar el desierto;
7. Voz de Jehová que desgaja las encinas y desnuda los bosques.

Dios juzga, así lo vemos aquí, pero Él está muy por encima del juicio (1). En el juicio, Él revela su gran poder (2) que es glorioso (3). Todo lo que entre los hombres es grande y elevado, es destruido en el juicio (4). Todo lo malo que ven sus ojos, con una sola palabra suya es quemado como por fuego (5). La tierra se convierte en desierto (6) y los bosques son arrasados (7).

Así como una vez el Hijo de Dios habló, y fue hecho, y Él mandó, y existió (Salmo 33:6,9), así Él pronto pronunciará juicio sobre la tierra y la limpiará de injusticia. Pero antes que Él juzgue públicamente, primero juzgará y purificará a su testimonio aquí en la tierra, representado por las siete iglesias de Asia. Eso significa que Él quitará de allí todo el mal y a quienes lo practican, y hará aparecer purificados a los realmente nacidos de nuevo. Esto se relaciona con Malaquías 3:2-5, donde leemos: *“¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia. Y será grata a Jehová la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados, y como en los años antiguos. Y vendré a vosotros para juicio; y seré pronto testigo contra los hechiceros y adúlteros, contra los que juran mentira, y los que defraudan en su*

salario al jornalero, a la viuda y al huérfano, y los que hacen injusticia al extranjero, no teniendo temor de mí, dice Jehová de los ejércitos”.

4.9 Tenía en su diestra siete estrellas

Si el Juez tiene algo en su mano derecha, eso muestra que es su *propiedad*. Aquí el Señor tiene en su diestra siete estrellas (Apocalipsis 1:16). Unos versos más adelante leemos que las estrellas son los ángeles de las siete iglesias (Apocalipsis 1:20). Los ángeles a su vez son los representantes, el elemento responsable de una iglesia local (los ancianos). Por una parte estos hombres son responsables ante el Señor, por otra parte Él los tiene en su mano y los sostiene. ¿No es admirable que ellos no deban responder a ninguna autoridad eclesiástica, sino solamente al Señor como su Juez? Si en este contexto pensamos en las estructuras de mando de las grandes iglesias, podemos ver que tales estructuras jerárquicas no son conformes a los pensamientos de Dios. Suceda lo que suceda, quienes llevan responsabilidad en la asamblea deben ser conscientes de que se deben responsabilizar ante Cristo y *solamente* ante Él. Él les pedirá cuentas de todo.

¿Cuál es la función de una estrella? Una estrella ilumina la noche e irradia la luz necesaria para orientarse (Génesis 1:14-18). Daniel dice de los piadosos del tiempo final, a quienes llama “entendidos”, lo siguiente: *“Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad”* (Daniel 12:3). Las estrellas se mueven en órbitas prescritas por el Creador, y nadie en la tierra puede apartarlas de allí. Ellas se conducen obedientes a lo que Dios estableció, tal como Él lo dispuso en el mundo de las estrellas. Las estrellas aquí en Apocalipsis 1 a la vez son ángeles, y los ángeles son mensajeros de Dios para los hombres. Esta es la segunda tarea de quienes llevan responsabilidad: guiar a la asamblea local mediante la palabra de Dios, que es el mensaje de Dios para nosotros.

¿Somos conscientes, como asamblea, de que en todos los aspectos somos responsables ante el Señor Jesús, tanto más si Él nos dio un oficio de dirección? Él sostiene en todo momento la creación visible (Colosenses 1:17). Él sustenta todas las cosas con la palabra de su poder (Hebreos 1:3). Él también sustenta la nueva creación, porque Él es su principio (Apocalipsis 3:14).

4.10 De su boca salía una espada aguda de dos filos

Recién meditamos en que la voz del Señor es llena de majestad, como el estruendo de muchas aguas. Aquí vemos además que de su boca sale una espada aguda de dos filos (Apocalipsis 1:16). Esto vale tanto para el tiempo actual en que la iglesia de Dios aún está en la tierra (Apocalipsis 2:16), como también para el futuro cuando el Hijo de Dios regrese para juzgar al mundo (Apocalipsis 19:15).

La espada es el símbolo del poder judicial. Así vemos por ejemplo en Romanos 13, que la autoridad no lleva la espada en vano. Es conforme a los pensamientos de Dios que la autoridad haga uso de la espada, incluso para ejecutar la pena de muerte (comparar con Génesis 9:6). Una espada de dos filos es para separar algo en partes. En Hebreos 4:12 se compara a la palabra de Dios con una espada: *“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”*. De esta manera el Señor Jesús juzgará a los impíos y librára a los justos del poder del mal.

En Juan 12:48 el Señor dijo acerca del juicio: *“...la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero”*. El juicio que

será ejecutado, estará completamente de acuerdo con lo escrito en la palabra de Dios. Así, el Señor en ese tiempo primero habrá juzgado a las iglesias de Apocalipsis 2 y 3. Preguntémonos, cada uno para sí mismo, dónde tenemos desviaciones de la palabra de Dios, y confesémoslas y corrijámoslas.

4.11 Su rostro es como el sol cuando resplandece en su fuerza

La descripción de la gloria del Señor Jesús como Juez termina con la mención que su rostro resplandece como el sol (Apocalipsis 1:16). El sol es el símbolo de la máxima autoridad. Así vieron los discípulos al Señor en el monte de la transfiguración (Mateo 17:2). Y así resplandecerá pronto como el “sol de justicia” (Malaquías 4:2). Ese Sol abrasará a los impíos y a la vez traerá salvación en sus alas para los justos. El Señor Jesús llenará todo con su gloria.

Para terminar, leamos unos versos de la profecía de Isaías, que hablan todos sobre la futura *gloria* de Cristo en relación al pueblo de Israel, con la cual cubrirá a su pueblo cuando hayan pasado los juicios:

1. *“En aquel tiempo el renuevo de Jehová será para hermosura y gloria, y el fruto de la tierra para grandeza y honra, a los sobrevivientes de Israel”* (Isaías 4:2).
2. *“Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria”* (Isaías 6:3).
3. *“Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa”* (Isaías 11:10).
4. *“Y se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá; porque la boca de Jehová ha hablado”* (Isaías 40:5).
5. *“Y temerán desde el occidente el nombre de Jehová, y desde el nacimiento del sol su gloria”* (Isaías 59:19).
6. *“Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti. Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria”* (Isaías 60:1-2).
7. *“Tiempo vendrá para juntar a todas las naciones y lenguas; y vendrán, y verán mi gloria. Y pondré entre ellos señal, y enviaré de los escapados de ellos a las naciones... a las costas lejanas que no oyeron de mí, ni vieron mi gloria; y publicarán mi gloria entre las naciones”* (Isaías 66:18-19).

Información del original:

Herrlichkeiten Jesu Christi

Autor: Werner Mücher

2007, Daniel-Verlag Retzow, Lychen, D

Traducido al español por J. Oostra desde la traducción holandesa:

De veelkleurige heerlijkheid van Christus

Vertaald door Andries Loos, met bewerking van Hugo Bouter

2013, Uitgeverij Daniël, Zwolle, NL

ISBN 978-90-79718-12-2

